

*Comunicado de Sevilla 14 de Set. de 1872 W. y P.*

# CID RODRIGO DE VIVAR

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

D. MANUEL FERNANDEZ Y GONZALEZ.

REFUNDIDO POR EL AUTOR.



U.º 238.

JUNTA DELEGADA  
DEL  
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la  
Biblioteca Nacional

Procedencia

T HORRAS

N.º de la procedencia

5324

MADRID :

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, NÚM. 29.

1862.

Digitized by the Internet Archive  
in 2019 with funding from  
University of North Carolina at Chapel Hill

Á

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

**El Autor.**

725129

LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF TORONTO

1900

1900



**PERSONAJES.**

**ACTORES.**

DOÑA GIMENA, (24 años).. . . .	DOÑA MARÍA RODRIGUEZ.
ELVIRA.. . . . .	ENRIQUETA MONTES.
DON RODRIGO DE VIVAR. . .	DON JUAN ALBA.
DIEGO LAINEZ.. . . . .	ANTONINO BERMONET.
DON SANGHO II DE CASTILLA, (20 años).. . . . .	CARLOS SANCHEZ.
GOMEZ DE GORMAZ, (50 años).	EDUARDO CORTÉS.
ARTAL, (pastor).. . . . .	RAMON DE GUZMAN.
SECRETARIO DEL REY. . . . .	DALMACIO DETRELL.
UN ALCAIDE MORO.. . . . .	ALEJANDRO OLASO.
GARCES.. . . . .	ATANASIO MARÉ.
MELENDO.. . . . .	JOSÉ MESEJO.
DIEGUEZ.. . . . .	JUAN GAZCON.

PAGES DEL REY Y DEL CID, MONTEROS, ESCUDEROS, BALLESTEROS, MUJERES Y HOMBRES DEL PUEBLO, HOMBRES DE ARMAS DEL REY Y DEL CID, CORTEŠANOS, ETC.

**TIEMPO DE LA ACCION: SIGLO XI.**

- El primer acto pasa en el castillo de Vivar.
- El segundo, en el de Gormaz y sus alrededores.
- El tercero, en Búrgos.

NOTA. Cuando se representó este drama por primera vez, representaron la parte del Cid, D. Pedro Delgado; la de Diego Láinez, D. José Calvo; la de D. Gomez de Gormáz, D. Manuel Mendez; la de D. Sancho, D. Antonio Zamora; la de Garcés, D. Lázaro Perez; doña María Rodríguez, ha representado la misma parte por las dos ediciones.

## ACTO PRIMERO.

---

Cámara de honor en el castillo de Vivar: un gran arco al fondo: á la derecha del actor un ajimez: á la izquierda una puerta: en los ángulos trofeos de banderas moras: en primer término á la derecha, una mesa tallada, sin tapete; junto á la mesa un sillón señorial tallado con doselete, alrededor de la cámara sillones mas pequeños: en cada ángulo de la escena un candelabro con un flamero: pendiente del centro del artesonado, una lámpara con tres flameros: al fondo una galería, en ella lámparas: en la galería una escalera practicable, por la que se sube á la escena. y que continúa en dos tramos: en el muro del segundo tramo un ajimez abierto, á través del cual se ve la luna.

*Comer perer Miralles 6 compradas liva*

### ESCENA PRIMERA.

**DIEGO LAINEZ**, sentado en el sillón junto á la mesa.—Á la izquierda, de pié y apoyado en la mesa **GARCES**.—A la derecha en un grupo, **MELENDO** y otros **SEIS ESCUDEROS**.

**DIEGO.** Escuderos hijodalgos  
de la villa de Vivar,  
gran merced el Rey nos hace,  
grande contento nos dá.  
Parando él en mi castillo  
alegra mi ancianidad,  
y es razon que al rey sirvamos  
pues el Rey nos vino á honrar.  
Luminarias en los muros,  
esparzan su claridad;  
tú Yañez cubre las mesas  
con el sabroso candel;

apúrense mis bodegas,  
y que abundante manjar  
gocen las gentes del Rey;  
que si por mis años ya  
no puedo mi sangre darle,  
darle puedo mi caudal.  
Tú, Melendo, ballesteros  
en las almenas pondrás,  
que del Rey velen el sueño,  
y dispuestos los demás  
estad á lo que ocurriere.

(Los escuderos salen por el fondo, y Melendo detiene á Artal que vá á entrar.)

*Humor drama*  
*onda*

ESCENA II.

DICHOS. — ARTAL.

- ARTAL. Dejadme, pardiéz, pasar,  
que quiero ver al señor.
- MELENDO. Hágase el villano atrás,  
y con sus toros se vuelva.
- ARTAL. Porque soy pobre lo harán:  
¿y esto es razon?
- DIEGO. (A Garcés.) Ve quien es,  
ese que grita.
- GARCÉS. Es Artal el pastor.
- DIEGO. Déjenle paso.
- GARCÉS. Dejadle, Melendo, entrar.  
(Artal entra: los escuderos permanecen en la galería.)
- ARTAL. Albricias, señor! Albricias!
- DIEGO. ¿De qué, Artal?
- ARTAL. Señor, espera  
que me recobre, que traigo  
en el cuerpo cuatro leguas:  
grande hazaña hizo Rodrigo,  
tu hijo bravo, que Dios quiera  
llevar pronto contra el moro.
- DIEGO. ¡Me acabarás la paciencia!  
¿Qué fué al cabo?
- ARTAL. Estaba yo  
con tus toros á la siesta,

en la cañada, allá abajo,  
cuando de repente suena  
grande estruendo de bocinas  
y salen por una senda,  
un javalí como un cerro,  
y la jáuria que en pós lleva.

Con el ruido un negro toro  
se asombra y el pasto deja,  
y á la senda como un rayo,  
parte, y en medio se muestra.

A este punto, un caballero  
cabalgando en una yegua,  
con gaban rojo en los hombros,  
llevando en la mano diestra  
una azagaya moruna  
y un bonete en la cabeza  
dorado, como el que tiene  
Nuestra Señora en la iglesia,  
al revolver del camino  
delante el toro se encuentra.

**DIEGO.** ¡El Rey! ¡ha salvado al Rey!

**ARTAL.** Yo no supe que el Rey era  
hasta que despues... mas sigo:  
al ver ante sí la bestia,  
lánzala el Rey la azagaya,  
mas con el miedo no acierta.

**DIEGO.** ¡Miedo el Rey don Sancho, dices,  
villano!

**ARTAL.** Cuando la tierra  
escarba un toro, y resopla,  
y mira, y el ojo ceba  
en un hombre, y al tal hombre  
la sangre no se le hiela,  
don Rodrigo de Vivar  
es aquel hombre por fuerza.

**DIEGO.** ¡Siguel! ¡siguel!

**ARTAL.** Cerró el toro,  
rodó con el Rey la yegua,  
desciñome yo la honda,  
sale zumbando una piedra,  
y aunque en las astas alcanza  
al bruto, nada aprovecha.

Voy á tirar la segunda  
cuando miro con sorpresa

sin saber por donde vino,  
 puesto entre el Rey y la bestia,  
 á don Rodrigo: Dios vive,  
 señor, que no lo creyera  
 á no haberlo visto: al brazo  
 izquierdo el gaban rodea,  
 al sol reluce su espada,  
 con el toro, bravo cierra,  
 y en la ancha cerviz le esconde  
 de un golpe la espada entera:  
 negra sangre vomitando,  
 el toro á sus plantas rueda;  
 alza don Rodrigo al Rey,  
 escapa, y por la maleza  
 del cercano monte váse,  
 sin esperar á que vuelva  
 del susto el Rey, que asombrado,  
 el toro á sus piés contempla.

**DIEGO.**

¡Bien albricias me pedistes!  
 Toma de mí cuanto quieras,  
 que vasallo que me trae  
 tan grande, tan fausta nueva,  
 no ha de guardar ya más toros,  
 ni ha de vivir entre breñas!

**ARTAL.**

Con que me den pan y vino  
 mi dicha será completa.

**DIEGO.**

Cuanto Artal pidiere, dadle.

**ARTAL.**

¡Mil años, señor, fenezcas!

(Váse Artal por el fondo y con él Melendo y lo demás escuderos.)

### ESCENA III.

**DIEGO LAINEZ.—GARCES.**

**DIEGO.**

¡Me enloquece el regocijo!  
 ¡Mi Rodrigo al rey salvó!

**GARCES.**

Como quien es se mostró,  
 que es al cabo vuestro hijo,  
 y nadie dudar pudiera  
 de su valor extremado.

**DIEGO.**

La hora, Garcés, ha llegado

de que vuelva mi bandera  
 contra el alarbe otra vez;  
 Rodrigo la llevará,  
 pero alligiéndome está  
 de mi hacienda la escasez.  
 La renta tengo empeñada  
 de todos mis señoríos,  
 y en gabelas de judíos  
 miro mi hacienda empleada.

GARCÉS. Tal en la guerra gastásteis;  
 fuísteis tan noble y tan bravo,  
 que de vuestra vida al cabo  
 débil y pobre llegásteis.

DIEGO. Tiempo queda en que pensar  
 sobre lo que hacer podemos:  
 ahora, buen Garcés, entremos  
 de Rodrigo á relatar  
 la noble accion á la infanta.  
 Tu brazo fuerte me da,  
 que viejo y enfermo ya  
 me sostiene mal la planta.

*Preludio*  
 (Entran lentamente por la puerta de la izquierda.)

#### ESCENA IV.

*sin lámpara ya ya*

En el momento de entrar Diego Láinez y Garcés, suena fuera el prelude de un laud; poco despues, aparece por la misma puerta de la izquierda ELVIRA con una lámpara encendida, y se dirige á la ventana.

ELVIRA.

Ya la señal convenida  
 del muro á los piés resuena;  
 pongamos en la ventana  
 la convenida respuesta.  
 (Pone la lámpara en el alfeizar y mira á fuera.)  
 Al extremo de la cava  
 un hombre la luna muestra.  
 Sin duda es él: avisemos  
 agora á doña Gimena.  
 (Dirigiéndose á la puerta de la izquierda.)  
 Venid, señora, venid.

## ESCENA V.

*Anguella la za* ELVIRA.—GIMENA.

*relicario*

GIMENA. ¡Gracias á Dios que se queda  
el viejo don Diego allá!

ELVIRA. Hablando de sus proezas  
nos entretendrá á la infanta  
largo rato.

GIMENA. ¡Me interesa  
tanto hablar con don Rodrigo!

ELVIRA. ¡Ved aquí! ¿quién lo dijera?  
¡Vos con todos tan esquivada,  
tan ingrata, en la red presa  
de don Rodrigo! ¡Y tan mozo!

GIMENA. Por ser mozo el hombre empieza.

ELVIRA. Vos contais los veinte y cuatro,  
y él los veinte apenas cuenta.

GIMENA. ¡Miren qué falta!

ELVIRA. Aún las armas  
de caballero no lleva,  
ni ha lidiado contra el moro.

GIMENA. Tan hazañoso le espera  
mi pensamiento, tan bravo,  
que, con el tiempo, la tierra  
ha de ser para su brío  
y para su fama estrecha.

ELVIRA. ¡Bien pronostica quien ama!  
En tanto por vos se empeñan  
poniendo su infanzonía  
á vuestros piés, cuantos cuenta  
buenos y bravos Castilla.

GIMENA. Mi padre libre me deja,  
y á los que esposa me piden  
estas palabras contesta:

«Como no soy quien se casa,  
ni ha de ser mi gusto fuerza,  
procure que ella le elija  
el que por mujer la quiera...  
que yo, en siendo caballero  
de honra y prez y buena hacienda,

no he de oponerme. ¡Ah! ¡buen padre!  
 ELVIRA. ¡Gran dicha al mancebo espera!

GIMENA. Mi corazón ha ganado,  
 pero mi tálamo es fuerza  
 que le gane como bravo,  
 batallando en la frontera:  
 que en mi familia jamás  
 marido tomó una hembra,  
 si, al alarbe infiel ganada,  
 no la ofreció una bandera,  
 para ponerse de hinojos  
 con él al par en la iglesia.  
 Cuando Rodrigo la gane,  
 que no tardará...

ELVIRA. Se acerca  
 alguno...

*Tañer*  
*lo Dra Estalera* ESCENA VI.

GIMENA.—ELVIRA.—RODRIGO por la escalera del fondo.

GIMENA. Es él, es Rodrigo:  
 avisanos si alguien llega.

*(Elvira sube la escena y se queda á la vista del público, á un lado del gran arco de entrada.)*

RODRIGO. ¡Mi noble Rodrigo!  
 ¡Mi amada Gimena!  
 te miro y aun dudo  
 que dicha tal sea  
 verdad, y no sueño  
 del alma que espera.

GIMENA. ¡Dos meses sin verte!  
 La noche serena  
 constante me ha visto  
 del rey en la huerta.

RODRIGO. Enfermo mi padre  
 de grave dolencia...

GIMENA. ¿Sanó?

RODRIGO. Por su vida  
 solemne promesa  
 á la Virgen hice.

GIMENA. Mis celos se alegran.

- RODRIGO. ¡Tus celos!
- GIMENA. ¡Dudaba!
- RODRIGO. ¡Dudaste, mi prenda!
- GIMENA. ¿Mas qué has prometido?
- RODRIGO. ¡Prometí... una ausencia!
- GIMENA. ¡Una ausencia dices!
- RODRIGO. La gente agarena  
en sangre se tiñe  
de gente indefensa  
que adora de Cristo  
la fúlgida enseña.  
Mi Dios y mi pátria,  
mi Rey, mi nobleza,  
tu amor... todo junto  
me llama á la guerra.
- GIMENA. Bendita mil veces  
tu noble promesa  
que hacerte mi esposo  
propicia te lleva.
- RODRIGO. ¡Tu esposo! ¡á Dios plegue  
que cierto lo vea!
- GIMENA. ¿En mi amor no crees?  
¿en mi fé no esperas?  
¡Me ofendes, Rodrigo!
- RODRIGO. ¡Lo tomaste á ofensa!  
¡yo de tí dudosos!
- GIMENA. ¿Sino qué recelas?  
Ni lanza enemiga  
ni súplica agena  
de mí han de apartarte,  
que Dios por tí vela,  
y vela mi alma  
por tu amor que es ella.
- RODRIGO. ¡Ay si no te logro!
- GIMENA. Escucha y alienta:  
la noche velando  
del Rey en la huerta  
pasé triste y sola  
sentada á la reja:  
lá pálida luna,  
decíame leda:  
«Aunque no le miras,  
por tu amor no temas.»  
Con dulce fragancia,

las flores modestas  
decíanme gratas:

«Rodrigo en ti piensa.»

Y allá en los cañares,  
zumbando parleras  
al beso del aura

las hojas inquietas,  
murmuraban leves:

«La gloria le espera.»

RODRIGO. Augurios falaces  
del alma que sueña.

GIMENA. No llames mentiras  
de Dios las promesas

que envia propicio,

que dicen dó quiera,

con ondas el rio

con hojas la selva.

RODRIGO. Tu amor se las finge.

GIMENA. Mi fe las encuentra.

Si rindo cansada

tal vez la cabeza,

te miro en mis sueños,

teñida la diestra

de sangre que el moro

perdió en la refriega:

bridon de batalla

tu mano refrena,

le cubre armadura

que al sol centellea,

el Rey de Castilla

cabalga á tu diestra,

te sigue flotando

tu noble bandera,

y en pos tus ginetes

valientes se ordenan.

El pueblo te aclama,

y el bronce voltea

uniéndose al ronco

clamor de trompetas:

y «¡salve á Rodrigo!»

retumba dó quiera.

«¡Salud al que al moro

fortísimo aterra!»

«¡Salud al que ensancha

las pátrias fronteras! »  
 Y luego del noble  
 solar que sustentas,  
 tus hijos asiendo,  
 parece en la puerta  
 honrada matrona,  
 cercada de dueñas,  
 que corre á tus brazos,  
 que en ellos se encuentra,  
 y al verse á tu lado  
 se finge que sueña.

**RODRIGO.** ¿Y quién es la dama  
 que amante me espera?

**GIMENA.** ¡Soy yo!

**RODRIGO.** ¡Cuán distintos  
 ensueños me aquejan!

Tres noches seguidas  
 visiones horrendas  
 me acosan sombrías,  
 me afligen sangrientas.

En medio de hermosa  
 galana floresta,  
 te miro vagando  
 tranquila y risueña:

el aura en tus rizos  
 purísima juega,  
 tus blancos cendales  
 agita y ondea,  
 y ciñe aureola  
 de luz tu cabeza.

Un ángel pareces  
 que el cielo me muestra.

**GIMENA.** ¡Rodrigo!

A tu lado  
 la fe que me alienta,  
 mi amor, mi esperanza  
 potentes me llevan:  
 te llamo: los brazos  
 te tiendo, y te alejas;  
 prosigo, y sus flores  
 la grata pradera  
 en yermo convierte  
 de ardientes arenas:  
 el cielo se nubla

y el suelo retiembla:  
 insisto y horrendo  
 seguirte me veda  
 un lago de sangre  
 que hirviendo voltea:  
 su vista me irrita;  
 me arrojé á beberla:  
 la apuro, y no sacio  
 la sed que me aqueja;  
 te busco de nuevo;  
 te miro en la opuesta  
 del lago cruento  
 lejana ribera,  
 y al verte, mi sangre  
 cobarde se hiela:  
 que no eres ya el ángel  
 de paz que á la tierra  
 á darme venturas  
 propicio viniera.

GIMENA.  
 RODRIGO.

¡Rodrigo! ¡qué dices!  
 Tus ojos me aterran  
 que airados me miran,  
 que ardientes me ciegan,  
 y horror y venganza  
 tu rostro refleja.

GIMENA.

¡Ensueño imposible!  
 ¡Mentira siniestra!  
 ¡Tornarse en venganza  
 mi amor! ¿Cuál ofensa  
 pudieras hacerme  
 que tal me volviera?  
 ¿Acaso por otra  
 dejárasme?

RODRIGO.

¡Cesa!  
 ¡No manche tu lábio  
 tan cruda blasfemia!  
 Escucha, si anhelo  
 la lid contrapuesta,  
 por tí la codicio,  
 y en tí se refleja  
 por Dios y la patria  
 la fe que me alienta.  
 Tu amor me engrandece  
 tu amor es mi fuerza,

y siempre, lo juro,  
mi Dios, mi Gimena,  
serán contra el moro  
mi grito de guerra.

GIMENA.

¡O tuya ó del cláustro!

RODRIGO.

¿Si en lucha funesta  
sucumbo?...

GIMENA.

En la fosa

muy pronto mis penas  
descanso hallarian;

que en tí mi existencia,

mi amor, mi contento

radiantes se encierran:

por tí solo vivo,

y en tí, solo espera

tu esposa.

RODRIGO.

¡Mi esposa!

¿Tan dulce promesa

podré ver cumplida?

¡Si casarte intenta

tu padre!

GIMENA.

En las almas

los padres no imperan:

¡Dios solo! y... ¡maldita

la noble doncella

que lleva á las aras

traicion y vileza!

Si tú eres constante

tranquilo me deja,

y parte y conquista

las arras sangrientas

que tuya han de hacerme.

RODRIGO.

¡Vendrán harto apriesa!

hoy mismo á mi padre

su noble bandera

pediré; mas dame

cual amante enseña

una prenda tuya

GIMENA.

¡Con el alma sea!

*(Desprendiéndose un relicario que lleva al cuello.)*

De la madre mia

recibí esta prenda,

que ciñó á mi cuello

con sus manos yertas.

«Yo de tí me parto,  
 con turbada lengua  
 dijome espirante;  
 mas contigo queda  
 la amorosa madre  
 de las tristes huérfanas,  
 que su santa imágen  
 que esta joya encierra,  
 cual á mi guardóme  
 tu horfandad proteja.»  
 Yo guardé, Rodrigo,  
 de mi madre muerta  
 la reliquia santa  
 que te doy por prenda;  
 sobre mí la tuve;  
 sobre tí la lleva,  
 y en la lid trabada  
 sirva á tu defensa.

*(Rodrigo guardando el relicario en su pecho  
 y arrojándose á los piés de Gimena.)*

RODRIGO.

¡Ángel de mi gloria!

GIMENA.

Alza y nada temas:  
 á tu padre busca.

*Torres Perer copia 1<sup>a</sup> 7<sup>a</sup>*

## ESCENA VII.

RODRIGO. — GIMENA. — ELVIRA. — DIEGO LAINEZ

que aparece en la puerta de la izquierda, y hace señal á Elvira, que ha hecho un movimiento, para que no avise su llegada: adelanta apoyado en Garcés hasta colocarse detrás de Rodrigo y de Gimena: Garcés se retira junto á Elvira.

GIMENA.

Y á la lid te apresta.  
 Cuida que te aguardo  
 de impaciencia llena,  
 valor y esperanza.  
 ¡Adios!

RODRIGO.

¿Y me dejas  
 tan pronto?

GIMENA.

La infanta  
 tal vez en mi ausencia  
 ya larga repara;

quedóse con ella,  
tu padre...

~~///~~  
DIEGO.

Y más breve

por Dios fué su audiencia.

RODRIGO.

¡Padre!

GIMENA.

¡Señor!

DIEGO.

¿Por qué así,

turbados bajais los ojos?

¿qué hay de vergonzoso aquí?

ó al mirar que os sorprendí

¿os da la sorpresa enojos?

*(Apoyándose en ellos que le llevan al sillón  
donde le sientan.)*

¡Amores, y fe jurada  
teneis en dulce secreto!

Yo, también aquí soñada  
tengo esa union anhelada.

RODRIGO.

Perdonad si mi respeto

de vos, señor, ocultó

mis amores.

GIMENA.

Yo le vi

y misteriosa le amó

el alma: amor me pidió,

y suya me prometí.

RODRIGO.

Cuando la noche cerraba,

solo, de Vivar salia,

y á Búrgos mi amor llevaba.

GIMENA.

Y yo la noche esperaba

que mis amores traia.

RODRIGO.

Tan solo el silencio oyó

nuestro hablar amante y puro.

GIMENA.

La luna, sola nos vió,

Rodrigo á los piés del muro,

y en los miradores yo.

DIEGO.

*(A Gimena.)*

Y yo soñaba en Gormaz,

cuando al verte en mis rodillas,

me daba grato solaz

de tus caricias sencillas

la dulce inocente paz.

Tu tierna cándida mano,

la blanca barba halagaba

dél torpe doliente anciano

que á la tumba ya cercano

por tí en la vida pensaba.  
 Que en tu faz, donde hechicera  
 tranquila infancia reia,  
 yo miraba la altanera  
 matrona que ser pudiera  
 sostén de la estirpe mia.  
 Y pensando en mi Rodrigo,  
 que niño dejé en Vivar,  
 unióle mi amor contigo,  
 y hoy que tal dicha consigo,  
 pienso que todo es soñar.  
 ¡Cuán feliz si yo lo viera!

RODRIGO. Dadme licencia, señor,  
 de llevar vuestra bandera  
 contra el moro á la frontera,  
 si darne quereis mi amor.

DIEGO. Harto su amor has ganado,  
 y su mano he de pedir  
 en tu derecho fundado,  
 que yo no hubiera de ir  
 como quien pide al fiado.  
 Harto renombre ganó  
 el que noble, bravo y fuerte  
 al Rey la vida salvó.

GIMENA. ¡Libraste al Rey de la muerte  
 y no lo he sabido yo!

RODRIGO. Fué del acaso un azar.  
 Por el monte iba cazando  
 cuando ví al Rey cabalgar  
 al lindel del encinar,  
 de una res el rastro hollando.  
 Un toro que se asombró,  
 ligero, como una flecha,  
 hácia el ruido se lanzó,  
 y la senda que era estrecha  
 de improviso al Rey cortó.  
 Yo, que ví desde el tallar  
 el peligro, allá corrí,  
 á tiempo logré llegar;  
 maté al toro, y me volví  
 por la maleza á embreñar.  
 Y como para contada  
 no era por mí la aventura,  
 de tí la tuve callada,

- que merece tu hermosura  
con más riesgo ser ganada.
- GIMENA.** Sin tí el reino, en horfandad  
por su noble Rey gimiera.
- RODRIGO.** Visto el caso en puridad,  
hice... lo que otro cualquiera  
pudo hacer por caridad.
- GIMENA.** ¡Caridad que sacrifica,  
la vida, del héroe nace,  
y así la virtud se explica!
- RODRIGO.** Lo bueno que el hombre hace  
no es bueno si lo publica.  
Padre, si darme placer  
quisiéreis, y al alma paz,  
que á Gimena por mujer  
pretendo, haced entender  
á don Gomez de Gormáz;  
que no pido en el momento  
la gloria de ser su esposo;  
mas que ofrezca al casamiento,  
cuando torne victorioso  
del moro, el consentimiento;  
que me exija por su mano,  
la más defendida almena  
del lidiador mahometano,  
que por ganar á Gimena  
poco haré si no la gano;  
que la dé, no á lo que soy,  
sino á lo que espero ser,  
y contra el alarbe voy,  
y en un año desde hoy,  
ó muero, ó es mi mujer.
- DIEGO.** ¡Sí será! ¡yo te lo fio,  
que para ser digno de ella,  
es mucho ser hijo mio!
- GIMENA.** Será, sí; que yo confío  
en Dios y en mi buena estrella.

Perer poona

## ESCENA VIII.

DICHOS.—GARCES por el fondo.

GARCES.

¡Señor!

DIEGO.

¡Garcés importuno!

¿Qué quieres?

GARCES.

Deciros quiero  
que allá en el monte distante  
se ven de antorchas reflejos,  
y que el Rey tardará poco  
en llegar.

DIEGO.

Pues preparémonos  
y fieles al Rey sirvamos.  
Tú, Gimena, vete á dentro,  
que acaso la noble infanta  
te echa á su lado de menos.  
A don Gomez de Gornaz  
en cuanto llegue, hablar pienso:  
su Gimena he de pedirle  
para mi Rodrigo, y luego  
que vaya á ganar tu mano  
aterrando al agareno.  
Adios, hija.

GIMENA.

Adios, señor,  
que pronto nombre tan tierno  
podais con derecho darme.

DIEGO.

*(A Rodrigo.)*

Vé á servirla y vuelve presto.  
Adios, Gimena, hija mia.

GIMENA.

Que os guarde, señor, el cielo.

RODRIGO.

Esta, Gimena, es tu mano.

*(Con alegre sorpresa al ver que Gimena le  
tiende la mano.)*

GIMENA.

Con ella mi fe te entrego.

*(Salen por la izquierda asidos de las manos;  
Elvira toma la lámpara que dejó sobre el alfeizar  
del ajimez, y sigue á Gimena.)*

ESCENA IX.

DIEGO LAINEZ.—GARCÉS.

DIEGO. Oye, Garcés; mi estandarte,  
mis pajes, mis escuderos,  
mis armas y mis vasallos  
junta y tráelos al momento.  
Contra el moro á don Rodrigo  
quiero lanzar; que el esfuerzo  
del invencible Lain Calvo  
vuelva á brillar en su nieto.

GARCÉS. ¡Ah, señor! ¡cuán bien haccist!  
¡y vive Dios ya era tiempo!

DIEGO. Vé, buen Garcés, y no tardes.

GARCÉS. Pronto el redoblar guerrero  
escuchareis convocando  
á vuestros vasallos.  
(Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA X.

DIEGO LAINEZ.

Siento  
no sé qué peso en el alma,  
no sé qué amargo recelo.  
¡Ay! siempre que á mi Rodrigo  
pensé entregar el gobierno  
de mi casa, al contemplarle  
tan jóven, temí perderlo.  
Y es preciso, ya es un hombre;  
ama; se entristece dentro  
de estos muros, é irritado  
é impaciente le contemplo.  
¡Es preciso!

## ESCENA XI.

*Lainez 1.ª y 2.ª*

DIEGO LAINEZ.—RODRIGO.

RODRIGO.

¡Padre mío!

¡Oh! ¡cuanto bien me habeis hecho!

¿Con que al fin, de la campaña

voy á respirar el viento,

y entre el polvo del combate,

veré al musulman soberbio?

(Suenan dentro clarines y timbales.)

DIEGO.

¡Escuchal

RODRIGO.

¿Vuelve ya el Rey?

DIEGO.

Del atabal el estruendo

á mis vasallos avisa,

y aquí se hallarán muy presto.

*Clarines, timbales*  
(Empiezan á bajar por las escaleras y á salir por ambos lados de la galería, pajes, escuderos, ballesteros y hombres de armas, que desaparecen por el tramo inferior.)

RODRIGO.

¿Y para qué?

DIEGO.

¿Has olvidado mi promesa? Nunca fuéron al campo, sin señorío los de Vivar: darte quiero con mi estandarte mis armas, y con ellas mis derechos: que los sustentés cual noble, Rodrigo del alma, espero: antes que vivo sin honra, con honra te quiero muerto, y acabado mi linage antes que manchado verlo: cuida que ésta á mucha altura el nombre de tus abuelos, y que heredas tanta gloria, que puede agoviarte el peso: aquesto á solas te digo: hijo, piensa bien en ello; y porque ya se aproximan nuestros vasallos, callemos.

Pérez

Pérez. Compañías del día<sup>26</sup>  
po ora estandarte ESCENA XII.

**DIEGO LAINEZ.—RODRIGO.—GARCÉS** trayendo el estandarte de Vivar, verde con cruz de plata; tras él pajes, escuderos, ballesteros, hombres de armas, por las escaleras.

**GARCÉS.**

¡A la cámara dé honor,  
hidalgos y mesnaderos!

(Entran todos cubriendo el fondo: Garcés con el estandarte delante: los pajes detrás: detrás los escuderos; por último los restantes.)

**DIEGO.**

Bien venidos, hijos míos;  
entre vosotros advierto  
á algunos que en el combate  
há muchos días me vieron.

Contra moros fronterizos  
probé mi postrer esfuerzo  
quince años há: desde entonces  
contra el moro no hemos vuelto,  
que ya me faltaron brios;  
anciano, débil y enfermo,  
en la infancia don Rodrigo,  
entre estos muros durmiendo,  
he soñado una esperanza  
que al fin realizarse veo.

Otra vez el estandarte  
de Lain Calvo al aire tiendo,  
y porque la edad helada  
no me deja mantenerlo,  
don Rodrigo de Vivar  
desde agora es vuestro dueño.

Escuchad, mi secretario,  
y lo que fuéreis oyendo  
escribid, para que sirva  
de probanza en todo tiempo.

(Uno de los del acompañamiento, se acerca al lado izquierdo de la mesa, toma un escabel que habrá á mano y se sienta, escucha y escribe.)

¡Don Rodrigo de Vivar,  
infanzon de nacimiento,  
de Diego Lainez hijo,

del noble Lãin Calvo nieto,  
de nuestro solar altivo  
bajo el venerando techo,  
escuchad, cual escuchárais  
la voz de Dios en el templo,  
que á más de ser vuestro padre,  
me abruman noventa inviernos!  
Yo os doy la invencible espada  
que mis mayores me dieron:  
cuidad que os la doy sin mancha;  
cuidad que su limpio acero  
es de hazañas y virtudes  
de vuestros padres espejo.

¿Jurais mantener su brillo  
libre de traicion y miedo?

RODRIGO. ¡Lo juro, señor! ¡lo juro!

DIEGO. ¿Jurais amparo y respeto  
al huérfano, á la doncella,  
al desvalido, al enfermo,  
y á quien os demande ayuda  
con justo y noble derecho?

RODRIGO. ¡Lo juro, señor!

DIEGO. ¿Jurais  
no entregaros al sosiego  
mientras hubiere enemigos  
de Dios, ó del Rey, ó vuestros?  
¿Qué nunca torpe codicia  
ni amor, ni amistad, ni deudos  
os harán hollar lo justo?

RODRIGO. ¡Yo lo juro!

DIEGO. *(Dándole la espada que se ha descendi-  
do al dirigirse á Rodrigo)*

El juramento  
si cumplís, Dios os lo premie:  
y si no... ¡júzgueos el cielo!

*(Rodrigo se cinge la espada)*

Agora escuchad, hidalgos,  
escuchad, y terminemos:  
yo trasmito á don Rodrigo  
de Vivar, cuanto poseo,  
cuanto heredé de mi padre,  
cuanto mis reyes me dieron,  
cuanto gané con mi lanza,  
tierras, juros, privilegios.

Yo á preparar mi partida,  
me retiro á un monasterio,  
que en mi falta á don Rodrigo  
por señor y amparo os dejo.

GARCES.

(*Levantando el estandarte.*)

¡Viva don Rodrigo!

TODOS.

¡Viva!

RODRIGO.

¡Hijosdalgo y hombres buenos;  
mientras viviere mi padre,  
será mi señor y el vuestro!

Yo no acepto el señorío,  
que aunque mi padre es ya viejo,  
en mí vive y en mi brazo  
su antiguo pasado esfuerzo.

DIEGO.

¡Hijo!

RODRIGO.

Escusad la porfía  
padre y señor, y acabemos,  
que ya del Rey las vocinas  
repite cercano el eco.

(Desde el principio de esta escena se han oido á lo léjos y casi perdidas, las cornetas de caza, de tiempo en tiempo, acercándose gradualmente: al llegar á este punto, se oyen cerca del castillo.)

Borrad, señor Alvar Perez,  
esas letras que habeis hecho,  
que estando mi padre vivo,  
no quiero su testamento.

(El secretario se levanta, rompe el pergamino y se retira.)

Hidalgos, escuchad todos;  
aquel que tuviere deudos,  
para marchar al combate  
vaya á despedirse de ellos.  
Mañana al romper el dia  
contra el moro partiremos,  
y que esteis á punto armados  
y prevenidos deseo.

Agora con vuestra enseña  
y estos bravos escuderos,  
dadme licencia, señor,  
de qué al Rey salga al encuentro,  
que honrarle es justo y forzoso,  
y ya cercano le siento.

DIEGO. Hijo, vé, ya que tu padre  
ir no puede por tan viejo.

(Rodrigo sale con el estandarte y algunos escuderos; los demás se dividen en dos grupos á los dos lados de la cámara: mientras baja Rodrigo y desaparece, se oyen fuera estas voces.)

VOZ DE AR. ¡Ah! ¡de los del campo!  
¡Respondant! ¿Quién va?

VOZ DE AB. ¡El Rey de Castilla!

1.<sup>a</sup> VOZ. ¡Salud! ¡venga en paz!  
¡Alzad el rastrillo  
y el puente calad,  
que el Rey nuestro dueño  
se acerca á Vivar!

(Se oye el ruido de las cadenas del puente y el golpe que da al caer sobre la barbacana: en seguida música de tímboles y clarines que saluda al Rey y que dura hasta que entra en escena.)

*Cadena puente.  
música*

### ESCENA XIII.

LOS MISMOS MENOS RODRIGO. — GARCES Y LOS ESCUDEROS.

DIEGO. Ven acá, buen Alvarado,  
ven y sostenme, que á fé  
no puedo tenerme en pié.

(Un escudero, se acerca y levanta á don Diego; este apoyado en él se dirige lentamente al fondo.)

Y no es justo, ni es honrado,  
que teniendo yo á mi lado,  
quien mi flaqueza sustente,  
estando mi Rey presente,  
á pretesto de flaqueza,  
ofenda su régia alteza,  
sentado del Rey enfrente.

ESCENA XIV.

Suben por las escaleras ballesteros, á quienes precede un conde de palacio, atraviesan la escena y entran por la puerta de la izquierda. Despues pajes con antorchas que preceden al Rey; á seguida don Sancho, y á su izquierda Rodrigo; despues don Gomez de Gormaz y varios otros condes, hombres de armas del Rey, que se colocan á la izquierda, delante de los vasallos de Vivar que están en aquel lado. Garcés con el estandarte de Vivar y los escuderos al otro lado, dejando abierto un ancho claro por donde se ve el fondo; por la galería, viniendo de las escaleras, se parten los monteros con las traillas, y por último los restantes ballesteros y ojeadores suben los últimos tramos de las escaleras.

DIEGO. Dadme las plantas, señor. (*Al Rey.*)

REY. Decid los brazos más bien. (*Alzándole.*)

Que, aquí no sabemos quien  
da honor, ó recibe honor;  
cada almena del castillo  
de Vivar es una historia  
de honor, de lealtad, de gloria,  
y ahora que cumple decillo,  
sin el valor sobrehumano  
de un tal mozo que ha de dar  
al linage de Vivar  
y á su suelo castellano,  
yo lo espero, más de un dia  
de victoria, tal vez fuera  
del Rey que en Castilla impera  
ya alcázar la tumba fria.  
¡Don Rodrigo de Vivar!  
mostradnos al fin la frente,  
que aquí, afortunadamente,  
no hay á punto un encinar  
por dó tomar la partida  
despues de salvar al Rey.  
¿Dónde visteis, en qué ley,  
la disculpa á vuestra huida?  
Y será justo que os tilde  
por lo tanto, caballero;  
que yo, vive Dios, no os quiero  
tan altivo ó tan humilde.

RODRIGO. Con mi obligacion cumplí,  
y lo que por vos, lo hubiera  
hecho, señor, por cualquiera,  
en el peligro en que os ví;  
y no esperé en conclusion,  
por escusarme la paga,  
que no es justo que se haga  
pagar una obligacion.

REY. Pues hay nobles, por mí honrados.

(*Volviéndose á D. Gomez de Gormaz con intencion y con acento frio y severo.*)

muy de su linage llenos,  
y muy tenidos por buenos  
y al tanto muy respetados,  
que harto debieron llegar  
á donde llegásteis vos,  
y si llegáran... ¡por Dios,  
que se lo hicieran pagar!  
¡Cuando pienso que si allí,  
mi buena suerte no os lleva,  
la fiereza en mí se ceba  
del bruto que hallé ante mí,  
y solo vos acudisteis,  
y nadie mio acudió...

RODRIGO. ¡Señor, no soy vuestro yo!

REY. ¡Bien, don Rodrigo, dijisteis!

Mio sois, y por tan mio  
os tomo, que desde hoy  
mi estandante real os doy  
y en él mi honor os confío.

RODRIGO. (*Arrodillándose.*)

¡Ah! ¡magnánimo señor!  
¡Si cuando nada os pedí,  
pagais mi lealtad así!...

REY. ¡Alzad, mi alférez mayor!

DIEGO. ¡Señor! ¡señor!

REY. (*Conmovido.*) No lloreis,  
mi viejo conde don Diego,  
porque me acrecienta el fuego  
el noble llanto que haceis,  
y puede pesar á alguno,  
si doy rienda á mi corage.

(*Mirando al conde D. Gomez de Gormaz.*)

Llevo la vida que traje,

y es ya el enojo importuno.  
Y porque quiero á mi hermana  
la hermosa infanta mostrar  
á quien me llegó á salvar  
con bravura sobrehumana,  
acompañadme Rodrigo,  
y vos, don Diego, tambien,  
vamos.

DIEGO. En hacerme bien  
Dios es pródigo conmigo.

RODRIGO. (*A Garcés mientras su padre sigue lentamente  
al Rey apoyado en un escudero.*)

Para que cada cual pueda  
la partida prevenir,  
que á todos dejen salir,  
hasta el toque de la queda.

GARCÉS. ¿Mañana?

RODRIGO. Sí: al despuntar  
el dia; tened, Garcés,  
prontos mi lanza y mi arnés.

(Vase por donde el Rey y Diego Lainez: Garcés con  
el estandarte y las gentes de Vivar, se vá por el  
fondo y baja las escaleras.)

## ESCENA XV.

DON GOMEZ DE GORMAZ Y LAS GENTES DEL REY.

GOMEZ. (*Saliendo de repente de su profunda medita-  
cion y dirigiéndose á los que le acompañan en la  
escena con acento sombrío y concentrado.*)

¡Los del Rey! ¡A descansar!

(Salen todos menos Dieguez, escudero de don Go-  
mez y suben las escaleras.)

## ESCENA XIV.

DON GOMEZ. — DIEGUEZ.

GOMEZ. Oye, Dieguez; la litera  
ten, de tu señora, á mano  
en el rollo; que me esperen  
allí mismo mis vasallos

que en la córte me acompañan:  
allí tambien mi caballo  
ténme, y al punto, que aquí  
cual en un horno me abraso.

DIEGUEZ.

¡Señor!

GOMEZ.

Vete y cumple fiel.

DIEGUEZ.

Descuidad.

*(Sale por el fondo y baja las escaleras.)*

## ESCENA XVII.

DON GOMEZ.

¡Mancebo insano,  
que la corona que ciñes  
así empañas, ultrajando,  
á quien por noble y por bueno,  
dejó tu padre á tu lado!  
¡Mozo iracundo y soberbio,  
que los juveniles años  
con la prudencia no enfrenas!  
¿Tal afrenta á mí? si honrado  
quisiste ver á quien pudo  
salvarte, ¿por qué insensato,  
por honrar á un mozo oscuro  
denostas mi nombre claro?  
¿No sabes que aunque las canas  
ya mi frente han coronado,  
por mi bravura, Castilla  
me llama el conde Lozano?  
¡Dios de Dios! ¿Fué culpa mia  
que imprudente y temerario  
diéses por ágrio sendero  
rienda suelta á tu caballo;  
y á un imprevisto peligro  
te llevase desbocado?  
¡Mal hayan los reyes niños!  
¡Mal hayan mis negros liados!  
¡Mal hayan, amen, mis dias  
de peligros y trabajos  
y con contento sufridos

por locos reyes ingratos!  
 ¡Con que yo soy á la fin  
 (Con amargo sarcasmo.)  
 el torpe y vil mercenario  
 que si á don Sancho salvára  
 pagarme hiciera á don Sancho!  
 ¡Dá gracias, Rey iracundo,  
 de tu corona á lo sácro,  
 y á la estima en que yo tengo  
 mi altivo renombre hidalgo!  
 Mas, pues, ciego me ofendiste,  
 de tu servicio me aparto,  
 y me paso á las Asturias  
 con don Alfonso tú hermano;  
 que no ha de haber quien dijere  
 que viví donde injuriado  
 por el Rey don Sancho he sido:  
 mas aquí viene mi anciano  
 amigo Diego Lainez,  
 que sin duda desagravio  
 viene por su parte á darme.  
 El semblante compongamos,  
 y el furor disimulemos,  
 que cólera sin estrago  
 es cólera de mujeres,  
 de cobardes.

ESCENA XVIII.

DON GOMEZ. — DIEGO LAINEZ apoyado en un escudero  
 por la izquierda.

DIEGO.

Bien hallado  
 mi noble amigo don Gomez;  
 ansioso por encontraros,  
 al Rey pedí de salirme  
 la licencia, pretextando  
 mis achaques.  
 (Se sienta en el sillón junto á la mesa.)

Una silla  
 al noble conde Lozano,  
 Alvarado, y vete fuera!  
 (Don Gomez se sienta, Alvarado sale.)

Pedro  
 Gomez compare  
 la ya

## ESCENA XIX.

DON GOMEZ. — DIEGO LAINEZ.

- GOMEZ. Por lo que presumo, es largo lo que teneis que decirme.
- DIEGO. Quiero, don Gomez, probaros mi antigua amistad de nuevo.
- GOMEZ. De ella jamás he dudado.
- DIEGO. Sobrevienen en la vida sucesos que...
- GOMEZ. Son infaustos:  
Dios lo quiere: no ha de ser todo próspero.
- DIEGO. Yo trato de hablaros de cierto asunto, harto favorable á entrambos.
- GOMEZ. ¿Y qué es ello?
- DIEGO. De Gimena, don Gomez, pretendo hablaros.
- GOMEZ. (*Con extrañeza.*)  
¿De Gimena! No os comprendo.
- DIEGO. Nuestros linages.
- GOMEZ. Son ambos al par ilustres y antiguos.
- DIEGO. Nuestra amistad heredamos de nuestros padres . .
- GOMEZ. Es cierto.
- DIEGO. Y más de una vez lidiando juntos nos vió el moro.
- GOMEZ. Y bien...
- DIEGO. Para heredar vuestro estado solo teneis á Gimena.
- GOMEZ. El mejor dia la caso: su mano me piden muchos.
- DIEGO. ¿Y prometisteis su mano?
- GOMEZ. Libre la eleccion la dejo, y aún no ha elegido.
- DIEGO. Pues algo sé yo de ciertos amores.

- GOMEZ. *(Con disgusto y altivez.)*  
¡Con Gimena!
- DIEGO. De ella os hablo.
- GOMEZ. ¿Decís que tiene mi hija  
amores?
- DIEGO. Si.
- GOMEZ. Vuestros años  
me están obligando á oiros  
cual se escucha á los muchachos,  
que lo que dicen no saben,  
y que agravian sin pensarlo.
- DIEGO. ¿Qué habeis dicho?  
*(Levantándose con energía.)*
- GOMEZ. Nada dije.
- DIEGO. Descortés estais, y es claro;  
pues me encontráis casi niño  
de puro viejo, y callarlo  
debisteis, si cierto fuera.
- GOMEZ. ¿Y quién, sino un insensato,  
puede ni aun pensar que amores  
secretos; de mí callados  
pudiera tener Gimena?
- DIEGO. Los tiene.
- GOMEZ. *(¡Dios de su mano  
me tenga!)*
- DIEGO. ¡Y nobles amores!
- GOMEZ. ¡Don Diego!
- DIEGO. ¡Con quien bizarro  
hizo lo que vos no hicísteis:  
con mi hijo!
- GOMEZ. ¡Mentís! *(Le da un bofetón.)*
- DIEGO. ¡Villano!
- (Echa mano al costado; don Gomez se levanta sobrecogido por lo que ha hecho.)*  
¡Ah! ¡mi espada! ¡no la tengo!
- (Se deja caer desplomado en el sillón; y oculta el rostro entre las manos.)*
- GOMEZ. ¡Qué es esto, cielos contrarios,  
cielos de mi honra enemigos!  
¿Yo tal afrenta á un anciano?  
Mas no hay nadie... nadie ha visto...  
Lo he visto yo... ¡en vano trato  
de deshacer lo que he hecho!  
¡El duro y reciente agravio

del Rey... mi cólera ciega!...  
 ¡Salgamos de aquí... salgamos!...  
 ¡y con Gimena!... (*Sale por la izquierda.*)

## ESCENA XX.

DIEGO LAINEZ.

(*Tornando en sí.*) ¡Dios mío!  
 ¡Dios poderoso! ¡Dios santo!  
 ¡afrentado estoy, y el llanto  
 mi semblante nubla impío!  
 ¡y no con lágrimas, no,  
 puedo mi afrenta borrar,  
 es necesario matar  
 y no puedo matar yo!  
 ¡Ah! ¡mi desdichada estrella!  
 ¡Ah! ¡conde, conde villano!  
 ¿Por qué al levantar tu mano  
 no tuviste hierro en ella?  
 (*Vuelve á cubrirse el rostro con las manos y á  
 caer abatido.*)

## ESCENA XXI.

DIEGO LAINEZ.—DON GOMEZ llevando á GIMENA de la  
 mano ELVIRA Y DOS ESCUDEROS por la izquierda.

GIMENA. ¿Dónde, padre, me lleváis  
 con vos airado?

GOMEZ. De aquí  
 no he de partirme sin tí,  
 y parto.

GIMENA. Pues lo mandáis  
 obedeceros es ley;  
 ya os sigo mas tal furor,  
 ¿quién os le causa, señor?  
 ¿quién os ha ofendido?

GOMEZ.

¡El Rey!  
y vamos, que ya me humilla  
en estos sitios estar;  
hoy salimos de Vivar,  
y mañana de Castilla.

GIMENA.

¡Ay de mí!  
(Salen por el fondo y bajan por las escaleras.)

## ESCENA XXII

*Señor. 1<sup>ya</sup>* DIEGO LAINEZ.—RODRIGO por la izquierda.

RODRIGO.

¡Cielos! ¡se van!  
con ella salir le vi  
demudado, y los seguí  
impelido por mi afán.  
El duro rigor, tal vez,  
de don Sancho le irritó,  
y, ¡ay triste! recibo yo  
el golpe de su altivez.  
¡Mi Gimena! Mas, ¿qué veo?  
¡Mi padre agoviado allí!  
¡Señor, señor!

DIEGO.

¡Ay de mí!

¡Rodrigo!

RODRIGO.

¿Qué es lo que leo  
en vuestro semblante? ¡Espanto!

DIEGO.

¡Y vergüenza!

RODRIGO.

¡Vos, señor,  
en las mejillas rubor,  
y en los ojos triste llanto!  
¡Hablad!

DIEGO.

(Asiéndole las manos y mirándole con ansiedad.)

¡Mírame á la cara!

¡Mírame sereno y fijo  
y prueba que eres mi hijo!

RODRIGO.

¡Prueba tendreis harto clara!

¡Temblais!

DIEGO.

¡Tiemblo de coraje!  
en mi viejo rostro frio  
ha impreso un hombre, hijo mio,  
villano y cobarde ultraje.

RODRIGO. Decid.

DIEGO. El conde Lozano  
cuando de tu amor le hablé...

RODRIGO. ¡Ah! ¡mi amor la causa fué!

DIEGO. ¡Puso en mi rostro su mano!

RODRIGO. ¡Cielos! ¿he escuchado mal?  
¡qué habeis dicho!

DIEGO. En mi megilla  
de la tremenda mancilla  
arde la infame señal.

RODRIGO. ¿Decís que ciego en su ira  
el torpe conde Lozano  
en vos ha puesto su mano?

DIEGO. ¡Si, por desdicha!

RODRIGO. ¡Mentira!

DIEGO. ¡Hijo!...

RODRIGO. ¡Si tal me contara  
otro, y mi padre no fuera,  
aunque Dios le protegiera  
en mi furor le matara!

DIEGO. ¡Rodrigo!

RODRIGO. ¡Dios vengador!  
¡mancha tal en mi hidalguía!  
¿Quién su honor á viejos fía,  
si en algo tiene su honor?

DIEGO. ¡Oh! ¿quién eres tú, que airado  
así me amenazas fiero?

RODRIGO. ¡Yo soy... mi linaje entero,  
que en vos se ve deshonrado! (*Pausa.*)

DIEGO. Del delito de vivir,  
y de la vejez llegar,  
y no poderme vengar  
me haces la pena sufrir.  
En buen hora; no me quejo:  
la afrenta que nos oprime  
con vil sangre se redime.

RODRIGO. ¡Derrama la de este viejo!  
¡Sangre, sí! ¡la sangre borra  
mancha que empaña el honor,  
mas, sangre del ofensor  
debe de ser la que corra!  
¡La tendremos! ¡hola! ¡a mí  
Melendo, Nuño, Garcés!  
mis hidalgos!

*Arriba*

ESCENA XXIII.

*Ver en los*  
*compañías*  
*fova* #

DIEGO LAINEZ. — RODRIGO. — MELENDO. — NUÑO,  
GARCÉS por el fondo.

Fuerza es  
que vengan todos aquí:  
y porque acuda al estruendo  
hasta la gente de afuera,  
que la llame ronca y fiera  
nuestra campana, Melendo.  
Vos, mi valiente Garcés,  
congregad mis escuderos:  
trescientos de los más fieros  
vistan al punto el arnés;  
cubrid con la dura malla  
Nuño, y al punto esto sea,  
cual para entrar en pelea  
á mi bridón de batalla.  
¡Idos! *(Los tres salen por el fondo.)*

ESCENA XXIV.

DIEGO LAINEZ. — RODRIGO.

RODRIGO. *(Volviendo junto á su padre.)*

Sea cerca, señor,  
el momento formidable.

*campana*  
*hasta el final*

*(Empieza á tocar la campana de rebato, que no cesa hasta que concluye el acto; pero con un gran intervalo de golpe á golpe.—Poco despues, por la parte de abajo y de arriba de las escaleras, por la derecha y por la izquierda de la galería, acuden precipitadamente escuderos, ballesteros, soldados, tanto del Rey como de Vivar, unos con lanzas, otros con ballestas, otros con espadas desnudas, y se agolpan á la entrada de la escena: entretanto sigue el diálogo.)*

El luto que miserable  
cubre nuestro muerto honor,  
tan solo los dos sabemos,  
y el que se atrevió á causar lo:  
infame fuera ocultarlo,  
é infames ser no podemos;  
y pues queda la esperanza  
de reparacion sangrienta,  
que el mundo sepa la afrenta,  
porque estime la venganza.

¡Aquí, vasallos, aquí!

¡A la cámara de honor!

(*Entran todos.*)

*Perder su*

*you raller 1/2*

ESCENA XXV.

DIEGO LAINEZ. — RODRIGO. — GARCES. — EL REY  
por la izquierda con su gente y acompañamiento. — Siguen actuando gentes sin cesar.

RODRIGO. ¡El Rey!

REY. ¿Qué es esto?

RODRIGO. ¡Es, señor,

que desdichado nació

REY. ¿Por qué ese fragor resuena?

¿Por qué esa campana zumba?

RODRIGO. ¡Es mi honor que se derrumba,

y que al derrumbarse atruena!

Es, señor... mas perdonad,

mi padre os lo va á decir.

(*Acercándose á su padre y aparte.*)

Es necesario sufrir

con valor: venid; alzá:

buscad apoyo en mi brazo,

y no tembleis, que á fé mía,

para tener alegría

os falta muy corto plazo.

(Diego Lainez se levanta vacilante apoyado en el brazo de Rodrigo, que adelanta con él hasta dejarle ver de todos.)

RODRIGO. La injuriada frente alzá,

vuestra querella decid!

(*Al Rey y al acompañamiento.*)

¡Señor! ¡Vasallos! ¡Oid!

¡Agora, padre, empezad!

DIEGO. ¡Ah! ¡no pudo mi vergüenza,  
por mas que lucho, vencer!

RODRIGO. Si no lo podeis hacer,  
es fuerza que yo me vengza. (*A todos.*)  
Un hombre infame y traidor  
hirió á mi padre en el rostro!

(Rumor en el acompañamiento.—Diego Lainez se cubre el rostro y se desploma.)

RODRIGO. (*Sosteniéndole.*)

¡No os postreis! ¡yo no me postro,  
y vuestro honor es mi honor! (*A todos.*)

Es quien se atrevió á injuriar  
á un noble y doliente anciano,

el traidor conde Lozano,

y yo... ¡le voy á matar!!!

REY. El Rey os hará justicia  
sin que vos os la tomeis.

RODRIGO. (*Llevando á su padre al sillón y sentándole en él.*)

¡Qué, señor! ¿verme quereis  
escarnio de la malicia?

¿Pues qué, las gentes dijeran  
de mí, si al verme afrentado,

cual hembra ó fraile cuitado  
acudir al Rey me vieran?

¡Yo mi afrenta he de vengar  
contra el conde y su poder,

y... ó me tiene de vencer,  
ó le tengo de matar!!!

REY. ¡Mirad que en vuestro furor  
mi ley poneis en olvido!

RODRIGO. Para el que honrado ha nacido  
no hay otra ley que el honor!

y si el Rey me la embaraza,  
mire el Rey cómo lo intenta:

en tanto y á buena cuenta,  
¡plaza, Rey don Sancho, ¡plaza!!!

(Sale por el fondo: sus vasallos le siguen en tumulto,  
el Rey se dirige rápidamente al sillón donde está do-  
blegado Diego Lainez.)

## ACTO SEGUNDO.

---

Cámara bizantina en el castillo de Gormaz: al fondo una gran puerta que dá á una galería: á la izquierda del actor, una ventana, en primer término; en segundo, puerta: á la derecha una puerta una lámpara de tres flameros, única luz que alumbra á la escena pendiente de la bóveda.

*Aquellos son*

### ESCENA PRIMERA.

GIMENA, sentada junto á la mesa, leyendo en un libro: poco despues ELVIRA por la puerta de la izquierda.

GIMENA. *(Dejando de leer.)*  
En vano del santo libro  
la sábia escritura leo;  
en vano en Dios busco ansiosa  
á mis temores consuelo.  
En Rodrigo siempre fiijo  
el turbado pensamiento,  
yo no sé de qué me espanto,  
yo no sé de qué recelo,  
ni por qué de aquesta cámara  
las sombras me causan miedo.  
Elvira, mi buena amiga,  
vienes á mi lado á tiempo,  
que me pesaba estar sola.  
¿Y mi padre?

ELVIRA. Aún sigue dentro  
de su cámara, encerrado  
con su confesor.

GIMENA. A verlo

ELVIRA.

fui, y me estorbaron la entrada.

Nunca ha sucedido aquesto.

Del castillo de Vivar

nos saca iracundo y fiero;

nos mete en una litera;

vienen trotando y corriendo

con nosotras á Gormaz:

en extraño movimiento

se coronan las almenas

de robustos ballesteros;

las máquinas se preparan;

todo en bélicos aprestos

se agita, y do quier se escucha

áspero crugir de hierro.

El rastrillo está calado,

alzado el puente, y siniestro

silencio domina en torno.

No ha quedado ni un mancebo

en la villa, que aquí todos

están á lidiar dispuestos:

debe ser grave el motivo,

que vuestro padre es sereno

y valiente, y no se apresta

para el combate sin riesgo

seguro.

GIMENA.

*Ay!* Yo no adivino

la causa: no la comprendo.

«Hoy salimos de Vivar,

me dijo con ronco acento,

y mañana de Castilla.»

Corrió por mis venas hielo,

seguíle, y ni una palabra

me dijo: llegamos: ciego,

aún á su rostro salia

el sordo furor del pecho.

Dejóme mudo y sombrío

contigo en este aposento,

y allá se marchó á encerrarse

con su confesor, y aún dentro

la larga plática dura.

Há dos horas que hemos vuelto,

y estas dos horas han sido

para mi afan un infierno:

que la ignorancia me espanta

de lo que está sucediendo,  
y del furor de mi padre  
todo, mi Elvira, lo temo.

ELVIRA. Cosas, tal vez, de la córte.

GIMENA. Malliaya, amen, el momento  
en que me llevó la infanta  
á Vivar.

ELVIRA. Pasos advierto  
que se acercan.

GIMENA. Es sin duda  
mi padre: vete, que quiero  
quedarme con él á solas.

(*Elvira sale por la puerta de la derecha.*)

*Zornóca*  
*po Eva*

## ESCENA II.

GIMENA.—D. GOMEZ, por la puerta de la izquierda.

GOMEZ. ¿Por qué velando te encuentro?  
La jornada fatigosa  
fué por demás.

GIMENA. Más mi anhelo,  
más el funesto recelo  
que mi pensamiento acosa.  
Nunca os he visto, señor,  
tan irritado y ceñudo,  
y me espanto, y temo,  
y dudo la causa de ese furor.

GOMEZ. Los reyes hollan, tal vez,  
el honor de los vasallos,  
y ofenden, al afrentallos,  
de su lealtad la altivez.  
Mozo el Rey, sin otra ley  
que su orgullo desmedido,  
insensato me ha ofendido,  
y yo me aparto del Rey.  
Lo quiere mi suerte impía,  
pero triste al apartarme  
de Castilla, al desterrarme  
de la noble patria mia,  
tal dolor mi pecho llena,

- tal furor de mí rebosa,  
 que en honda lucha horrorosa  
 pierdo la razón, Gimena.
- GIMENA.** ¿Mas tan grave el caso fué?  
**GOMEZ.** No le quiero recordar,  
 que pudiera vacilar  
 en mi lealtad y en mi fe.  
 Partirme de aquí es forzoso,  
 pero arrastrarte no quiero  
 unida al destino fiero  
 que me sigue riguroso.  
 De mi suerte las injurias  
 no sufras entre cabañas  
 habitando en las montañas  
 de la empobrecida Asturias;  
 y pues esposa te ansía  
 uno y otro caballero,  
 dejarte casada quiero  
 y venturosa, hija mia.
- GIMENA.** Si el Rey hirió vuestro honor,  
 y vos, obrando cual bueno,  
 buscáis en un reino ageno  
 otro más digno señor,  
 no he de besar yo la mano  
 que, ofendiéndoos, os destierra;  
 no he de pisar yo la tierra  
 que deje el conde Lozano.  
 Quien amigo no os siguió,  
 quien vuestra injuria no siente,  
 mi pecho no le consiente,  
 no puedo estimarle yo.
- GOMEZ.** ¿Pero no me has comprendido?  
**GIMENA.** Solo puedo comprender  
 que os obligan á perder  
 el suelo en que habeis nacido.
- GOMEZ.** ¿Y nunca en aqueste suelo  
 viste un hombre afortunado  
 digno de ser por tí amado?  
 ¿Nunca el dulce y tierno anhelo  
 sentiste dentro del alma  
 de que un hombre me pidiera  
 tu mano; y yo se la diera?  
 ¿Nunca la tranquila calma  
 de tu juventud dichosa,

turbó el dulce pensamiento  
de verte en grato momento  
de un hombre adorado esposa?

GIMENA. ¡Padre!

GOMEZ. Súbito color  
enrojece tu megilla:  
eres noble, eres sencilla,  
y me responde tu amor.

GIMENA. Nunca he mentido, es verdad:  
amo con el alma entera  
á un hombre, por el que diera  
mi vida y mi libertad;  
con un amor infinito  
puro, intenso, sobrehumano,  
de Dios por la santa mano  
en mi corazón escrito;  
y amo, padre, con tal fe,  
es tan profundo mi amor,  
que si le pierdo, al rigor  
de la pena moriré.

GOMEZ. ¿Y aqueso amor que encendido  
arde en tu pecho y le llena,  
es digno de ser, Gimena,  
por tu padre bendecido?

GIMENA. Sí.

GOMEZ. Su nombre he de saber.

GIMENA. Es Rodrigo de Vivar.

GOMEZ. ¿Cómo le llegaste á amar?

GIMENA. ¡Padre! ¡Llegándole á ver!  
Un día... estaba en la huerta  
del palacio en Burgos, yo;  
sola, mi planta avanzó  
por la enramada desierta:  
un halcón nuevo llevaba  
en el puño, y cuando veía  
un avecilla que huía,  
sobre ella mi halcón lanzaba.  
De pronto de una espesura  
salió un neblí fatigado  
volando torpe y causado,  
de la tierra á poca altura;  
y en mal hora para mí,  
al verle mi halcón valiente,  
plegó el vuelo de repente

cayendo sobre el neblí.  
 Mas antes que le tocara,  
 mi halcon, desplegando el vuelo,  
 luchó un punto, y vino al suelo  
 herido por una jara.

Muerto á mis piés le miré;  
 dióme su muerte dolor,  
 y al volverme en mi furor,  
 á Rodrigo ante mí hallé;  
 que con voz severa y breve,  
 aquesto me dejó oír:  
 «¡así debe de morir  
 el que á los viejos se atreve!»

GOMEZ.

GIMENA.

¡Eso dijo! ¡dijo bien!  
 Tanto despues me buscó,  
 tan amante me rogó,  
 que al fin venció mi desden.

GOMEZ.

(¡Con que morir debe así  
 el hombre torpe y villano,  
 que injuria á un débil anciano!)  
 ¡Basta, Gimena!

GIMENA.

¡Ay de mí!  
 ¡padre!

GOMEZ.

No te culpo, no:  
 déjame solo y reposa:  
 mi afan es verte dichosa:  
 no he de impedírtelo yo.

(Gimena sale por la puerta de la derecha hasta donde la lleva don Gomez.)

### ESCENA III.

DON GOMEZ.

«¡Así debe de morir  
 el que á los viejos se atreve!»  
 ¡Rodrigo, tienes razon!  
 mas ¡ay de mí! que mi muerte  
 á mi Gimena del alma,  
 su amor matando, la hiera!

*Lazarillo por ora*

## ESCENA IV.

DON GOMEZ.—DIEGUEZ por la puerta del fondo.

- DIEGUEZ. ¡Señor! ¡Señor!
- GOMEZ. ¿Por qué así  
te apresuras, mi buen Dieguez?
- DIEGUEZ. El atajador Fortuño,  
que agora del campo viene,  
dice que en la Torre Blanca  
ha encontrado mucha gente  
que cabalga bien armada.
- GOMEZ. ¿Y en eso qué te sorprende?
- DIEGUEZ. ¡Es que vienen á Gormaz!
- GOMEZ. En buen hora: muros fuertes,  
buen rastrillo y honda cava,  
gracias á Dios, Gormaz tiene.
- DIEGUEZ. Pero la villa está sola,  
y desamparada, inerme,  
pueden entrarla á mansalva.
- GOMEZ. Si por mi villa se meten,  
al campo mis ballesteros,  
y veremos si cual vienen,  
para contar el fracaso  
uno tan solo se vuelve.  
Mas si hablarme pretendiera  
el capitan de esa gente,  
dadle á él solo franca entrada  
y rogadle que aquí espere.
- DIEGUEZ. ¿Aquí, señor?
- GOMEZ. Aquí mismo:  
por si un lance sobreviene  
yo voy entretanto á armarme.  
(Sale por la puerta de la izquierda.)
- DIEGUEZ. ¡Por San Lázaro! ¡El que acierte  
lo que aquí pasa esta noche,  
pacto con el diablo tiene!  
(Sale por el fondo.)

*triguella, 1ª Ova*

ESCENA V.

GIMENA precipitadamente por la puerta de la derecha.

¡Que vienen sobre Gormaz  
ginetes en son de guerra!  
Asegurada la tierra,  
há tiempo que goza paz.  
¡Si al Rey contestó, injuriado  
mi padre, una demasia,  
y á prenderle gente envía,  
don Sáncho, contra él airado!

¿Como puedo reposar,  
si tanto y tanto recelo  
van aumentando el anhelo  
que no consigo calmar?  
*(Yendo á la ventana.)*  
¡Cuán cerrada! ¡cuán oscura  
la noche! ¡cuán triste y fria!  
En vano mi vista ansía  
romper la tiniebla impura.  
¡Mas, qué rumor! Rauda, fiera,  
hácia el castillo avanzando,  
oigo, veloz retumbando,  
de un escuadron la carrera.

*(Suená un toque de corneta al que responde otro.)*

Llegan: suena una bocina:  
hace la torre señal:

¡Dios no nos traiga con mal  
al que de noche camina!

Calan el puente: relumbran  
antorchas que del castillo  
salen, mas con fuerte brillo  
los arneses me deslumbran.

Hablan: un leve rumor  
de voces tan solo escucho,  
y estremeciéndome lucho  
entre esperanza y temor.

Entra un hombre, y alcanzar  
no consigo por su porte,

*Clarín*

*cadena puente*

si proviene de la córte  
ó proviene de Vivar.  
*(Se quita de la ventana.)*  
Si la injuria que la llama  
de honor en mi padre enciende,  
mi noble Rodrigo entiende,  
y, como dice, me ama,  
debe Rodrigo venir,  
si me quiere merecer,  
con mi padre, es su deber,  
el agravio á compartir;  
que al amarme, compartió,  
padres y fama conmigo:  
¡oh! sí, sin duda es Rodrigo  
el caballero que entró.  
Y si es él, nos seguirá  
á Asturias: ¡cuánta alegría!  
¡La patria! ¡la patria mia,  
dó esté Rodrigo allí está!

*fin y proda* ESCENA VI.

GIMENA.—RODRIGO que ha aparecido un poco antes en la  
puerta del fondo.

GIMENA. ¡Ah! ¡Rodrigo! ¿eres tú?

RODRIGO. (¡Cielos, Gimena!)

No pensaba encontrarte, y á tu lado,  
en hora de dolor, negro destino  
me pone á mi pesar.

GIMENA. ¡Habla! ¡no alcanzo

por qué vienes aquí! ¿del padre mio  
sabes la injuria que lamenta, acaso?

RODRIGO. Sí.

GIMENA. ¿Y de esa injuria, cuya causa ignoro,  
con mi padre á partir vienes lo amargo?

RODRIGO. No, ¡que otra injuria el corazon me irrita!

GIMENA. ¡Tú tambien!

RODRIGO. ¡Yo tambien!

GIMENA. ¿Tal vez ingrato  
el Rey á quien la vida libertaste,

á tu honor atentó, ciego y tirano,  
como al preclaro honor del padre mio?

RODRIGO. No fué el Rey.

GIMENA. ¡No fué el Rey! ¿y no has vengado  
ya la ofensa, Rodrigo?

RODRIGO. Aún no.

GIMENA. ¿Y entónces

á qué vienes aquí? ¿Tal vez dudando  
de tu propio valor buscas ayuda?

RODRIGO. ¡Gimena! ¡Si el dolor desesperado  
que me aflige no ves! ¡si no adivinas  
en mis ojos oculto, acerbo llanto,  
no añadas al dolor que me enloquece  
de tu duda cruel el duro agravio!  
Respetá mi silencio: no me juzgues  
porque un secreto horrible te recato,  
ni traidor á la fé, que á tu fé debo,  
ni de mi vida ó de mi sangre avaro.  
Muy pronto, mi Gimena, por desdicha,  
de la horrible verdad sabrás lo infausto:  
yo te ruego, mi amor, que aquí me dejes,  
solo á tu padre y mísero, esperando.

GIMENA. No; yo quiero saber la verdad toda:

tengo valor, Rodrigo: más espanto  
no me puede causar lo que me digas  
que la duda cruel en que batallo.

¡Habla! ¡dí! ¡yo lo pido! ¡yo lo ruego!

¡y si no basta el ruego, yo lo mando!

RODRIGO. Pues bien: sabe el horror que nos rodea:

mi noble padre, el venerable anciano  
que á la sombra de hazañas y virtudes  
con que ilustró de su existir los años,  
dormir debiera su vejez caduca  
en honda paz por todos respetado,  
de un hombre, que olvidóse de quien era  
sintió en su rostro la insolente mano.

GIMENA. ¡Y aún vive el miserable! ¡y me lo cuentas!

¡y no te miro, por mi mal, bañado  
en su maldita sangre!

RODRIGO. ¡Cesa! ¡calla!

noble, prudente, generoso, bravo,  
el hombre á quien maldices ha vivido  
hasta el instante de su error infausto.  
Loco debió de estar cuando tal hizo:

tal vez gimiendo inmerecido pago  
de su pura lealtad á un Rey: que suelen  
los Reyes olvidar de los vasallos  
sacrificios y hazañas y virtudes,  
en un momento de injusticia acaso...

GIMENA. ¡El nombre! ¡el nombre del que osó injuriarte  
en tu padre, en tu honor! ¡Dices que ingrato  
un Rey al hombre que ofenderte pudo  
ofendió en su injusticia! ¡El Rey don Sancho  
á mi padre injurió! ¡Dime, no tardes!  
¿Fué mi padre tal vez quien irritado  
á tu padre ofendió? ¡Mas no! ¡Si él fuera,  
fuera horrible! ¡él no fué! ¡yo estoy soñando!  
SÍ, Gimena, sí: él fué.

RODRIGO.

GIMENA.

¡Jesús! ¡mil veces!

RODRIGO.

Ya entre nosotros el sangriento lago  
que en mis sueños miré, caliente humea.

GIMENA.

¿Dices que fué mi padre quien hollando,  
vieja amistad y venerables canas?...

RODRIGO.

¡Sí, por desdicha! ¡sí!

GIMENA.

¡Dios sacrosanto!

¡Dios vengador! ¡Ha habido en nuestra raza  
algun delito abominable, infando,  
que por tu santa maldicion terrible,  
nosotros, inocentes, espiamos?

¿De nuestra alcurnia impura una matrona  
manchó el honor del profanado tálamo,  
y sangre infame de traidor judío  
en nuestras venas míseros guardamos?

¡Horrible maldicion! ¡ensueño horrible!

RODRIGO.

Oye, Gimena, aún vengador mi hrazo,  
la sangre no ha vertido que muy pronto  
romperá nuestro amor desventurado.

Oyeme, y ten valor: Dios lo ha querido,  
no sé si por castigo ó por probarnos:

por la postrera vez, Gimena mia  
amante y triste ó infeliz te hablo:

necesito decirte en un profundo  
es el ardiente amor que te consagro,

porque aprecies el duro sacrificio

que á mi honor y á mi padre á un tiempo hago.

Oye: si de mis padres ignorase

la condicion y el nombre, hijo bastardo

de una impura pasion, ó desdichada:

si á la soberbia raza de Lain Calvo  
no debiera la sangre que me alienta;  
si por mí, mi linaje comenzado  
no fuera del honor de mis mayores,  
por mi suerte fatal depositario,  
aunque tu padre, altivo, me injuriase,  
aunque al lodo por él, triste lanzado,  
su planta sobre mí pusiese aleve,  
y entregase á la burla de villanos  
mi honor, pero tan solo el honor mio,  
yo por tu amor sufriera resignado,  
injuria, muerte, infámia, el roto acero  
ante tu padre tímido arrojando.  
Pero no puede ser; Dios no lo quiere;  
mi triste padre gime doblegado  
por su vergüenza: de mi stirpe entera  
las sombras siento junto á mí vagando,  
que «¡venga nuestro honor!» feroces gritan,  
con muerto sí, pero terrible labio.

GIMENA.

¡Véngalas, pues, y adios!

*(Dirigiéndose á la puerta derecha.)*

RODRIGO.

¡Oye, Gimena!

## ESCENA VII.

RODRIGO.

¡Ya no atiende á mi afan! ¡Honor tirano!  
¿qué más puedes pedirme si la pierdo?  
Ya la tardanza me impacienta, y ansio  
apurar el horror de mi destino.  
¡Oh! ¡cuánto tarda! ¡Ven conde Lozano!  
¡ven! ¡tu vida me dá! ¡dámelo pronto,  
y muera yo despues!

## ESCENA VIII.

RODRIGO.—DON GOMEZ armado, por la puerta de la  
izquierda.

GOMEZ.

Me habeis llamado:

hème aquí.

RODRIGO.

Por fin, don Gomez,

*2 vergamino**Si dormora*

mi impaciencia se calmó,  
que el recelo de no hallaros  
me apretaba el corazón.

GOMEZ. Si ofensa quereis hacerme,  
buscad disculpa mejor,  
que ni á agraviados, ni á amigos  
hurto nunca el rostro yo.

RODRIGO. ¡Un hurto vengo á pedirós,  
que me habeis hecho á traición!

GOMEZ. ¡Rodrigo!

RODRIGO. Si mancillado  
quisisteis mirar mi honor,  
porque envidia, ó torpe ira,  
el corazón os royó,  
robármelo á mí debisteis  
que más fuerte guardador  
fuera de él, que el triste anciano  
que ya sus fuerzas finó.  
Locura y alevosía  
juntásteis en conclusión,  
que no es obra de hombres cuerdos,  
ni de infanzones de pró,  
hacer denuesto á un hidalgo  
que es tenido en más que vos.  
Ni son honradas hazañas,  
que hombres de vuestro valor  
hieran en el rostro á un viejo  
y no el pecho á un infanzon.  
Mirárais que era mi padre  
de Lain Calvo sucesor,  
y que no sufre mancillas  
áquel que honrado nació.  
Pero, ¿cómo os atrevisteis  
á un hombre que sólo Dios,  
siendo yo su sangre puede  
hacer esto, que otro no?...  
Su noble frente nublásteis  
con nube de deshonor;  
mas yo desharé la niebla,  
que es mi fuerza la del sol.  
Mala hazaña hicisteis, conde;  
yo vos reto por felon,  
y enidad, cuando os lo digo,  
si me causareis pavor.

- GOMEZ. Si al denostarme sañudo  
no os acudiese razon,  
ántes que tal me dijera,  
ahogára yo vuestra voz.  
Mas, pues la razon os sobra,  
y su invencible rigor  
me obliga á escuchar palabras...  
¡que nadie decirme osó!  
y pues clara ver se deja,  
Rodrigo, vuestra intencion,  
escuchadme, que escuchar  
nunca á prudentes dañó.
- RODRIGO. Decid, pero breve sea,  
que me aqueja el torcedor  
de mirar vivo ante mí  
á aquel que mi honra mató.
- GOMEZ. Pensad, Rodrigo, despacio  
de este duelo en el horror;  
mi muerte mata á Gimena.
- RODRIGO. ¡Conde!... Gimena murió,  
y es acordarse de muertos  
ociosa supersticion:  
para mí la habeis matado  
matando, aleve, mi honor:  
en paz los muertos dejemos  
y venid á morir vos.
- GOMEZ. Si os basta con que proclame  
ante Castilla y Leon,  
ante el Rey y sus vasallos,  
que en un momento de error...
- RODRIGO. Si vos tal infamia hiciérais,  
que no la bareis, conde, no.  
yo á Gimena despreciara,  
yo os despreciara á los dos:  
á Gimena, por ser hija  
de quien tal hizo y habló;  
y á vos, porque aquel que añade  
á un borron otro borron,  
es mas vil que el vil judío  
que á Jesucristo vendió.  
En casos que al honor tocan  
no hay otra satisfaccion  
que pagar honra con vida...  
venid á pagarme vos.

GOMEZ. Pues no hay nada que lo evite,  
por emplazado me doy;  
mañana...

RODRIGO. Muy largo plazo  
pedís, conde, á mi furor.  
Agora, que noche oscura  
cielo y campos enlutó,  
del luto de torpe infamia  
quiero librar mi blason.

GOMEZ. Afuera en el campo aguardo.  
Esperad: ¿Dieguez?

### ESCENA IX.

DON GOMEZ. — RODRIGO. — DIEGUEZ por la puerta  
del fondo.

*Dieguez*  
DIEGUEZ.

¡Señor!

GOMEZ.

A este hidalgo y á su gente  
lleva al sitio donde alzó  
mi piedad la cruz del bosque.

RODRIGO.

Me place vuestra eleccion,  
que Dios para aquestos duelos  
es el testigo mejor,  
y una cruz para el que muere  
es arrimo y bendicion.

GOMEZ.

No tardaré.

RODRIGO.

Así lo espero.

Quedad, don Gomez, con Dios.

(Rodrigo y Dieguez salen por el fondo.)

### ESCENA X.

DON GOMEZ permanece algunos momentos pensativo.

Acabemos: que esta lucha  
me destroza el corazon:  
ya dejé mi testamento

en manos del confesor.  
 Pero, ¡Gimena! ¡sí! .. ¡el Rey!...  
 ya le he dado mi perdón,  
 que quien va á morir, no debe  
 guardar á nadie rencor.  
 En esta carta algún día  
 verá Gimena mi amor.  
 Me obedecerá: es mi hija.  
 Partamos. ¡Ferran!

### ESCENA XI.

*Carolina por Eva*

DON GOMEZ. — FERRAN por el fondo.

FERRAN.  
 GOMEZ.

Señor.

Estas dos cartas á Búrgos  
 lleva matando un caballo,  
 y al señor Rey las entrega,  
 (*Le dá los dos pergaminos enrollados y sujetos  
 con una cinta.*)

Corre, Ferran, sin descanso,  
 que me importa que el Rey vea  
 lo que le escribo.

FERRAN.

Volando

iría, si tal pudiera.

GOMEZ.

Ferran, ¡adios!

(*Le dá la mano.*)

FERRAN.

(*Tomándola con asombro.*)

¡Vuestra mano!

¡Y tiembla, señor!

GOMEZ.

¡Adios!

Véte!

(*Váse Ferran por el fondo.*)

### ESCENA XII.

DON GOMEZ.

Don Gomez, partamos;  
 te esperan, y acaso dudan.

¡Y sin verla!... ¡Es necesario!  
 ¡El valor me faltaria!  
 ¡Me retendrian, acaso  
 sus lágrimas! Y no debo  
 tardar... ¡Valor!... ¡Concluyamos!  
 (Se dirige á la puerta del fondo.)  
 (Saliendo por la derecha.)  
 ¡Padre!

GIMENA.

ESCENA XIII.

ANGUILLAS  
 DON GOMEZ. — GIMENA.

GOMEZ.

¡Gimena!

GIMENA.

¡Dios mio!

¿A dó vais? ¡Todo lo alcanzo!

¡Todo lo sé! ¡Partid, padre;

no falteis á lo emplazado!

¡mas lidiad, lidiad cual bueno!

¡probad que de vuestro brazo

nadie ha vencido el esfuerzo!

¡Lidiad bien, lidiad más bravo

que nunca! ¡yo os lo suplico!

¡yo quiero que volvais salvo!

GOMEZ.

¡Hija!... ¡Tus ojos me espantan!

¡Tiembblas!

GIMENA.

Si: ¡de sobresalto!

GOMEZ.

¡Por tu amor!

GIMENA.

¡No: por mi padre!

¡Juradme, señor, jurádmelo,

que hareis cuanto pueda hacer

vuestro valor sobrehumano!

GOMEZ.

¡Del juicio de Dios depende

nuestra suerte! Yo le acato.

Abrázame. . que ya es tiempo,

y á Dios que te dé su amparo.

GIMENA.

¡Padre!... ¡Mirad que mi alma

os llevais en vuestros brazos!

GOMEZ.

¡Adios, hija!

GIMENA.

Adios, señor.

(Don Gomez sale por el fondo.)

## ESCENA XIV.

GIMENA.

¡Tembloroso, demudado!...  
 mi buen padre... ¡Va á morir!  
 ¡Va á morir, y yo entretanto  
 apuraré mi agonía,  
 entre estos muros rezando!

*(Se dirige precipitadamente á la ventana.)*

¡Otra vez la oscura noche  
 al corazon me dá espanto!  
 ¡Otra vez de sus tinieblas  
 anhelo romper lo opaco,  
 y mis miradas se pierden  
 de esas sombras en el caos!

¡Ah! ¡salen!... ¡Señor del cielo  
*(Arrodillándose junto á la ventana.)*

que miras correr mi llanto,  
 que mi corazon penetras  
 y le ves desesperado:  
 salva, Señor, á mi padre,  
 aunque muramos entrambos:  
 Rodrigo, por su desdicha,  
 y yo por mi bien amado!

*(Se levanta y mira afuera.)*

El rollo pasan; el puente;  
 en el bosque, relumbrando  
 un momento, desaparecen  
 las antorchas: ya han pasado:  
 ya ni el galope se escucha  
 de los veloces caballos,  
 ni se ve mas que tinieblas...

¡Dentro de un momento, acaso!...  
 ¡Y yo aquí! ¡No puedo! ¡Elvira!...

*sin la Ida*

ESCENA XV.

DOÑA GIMENA. — ELVIRA por la derecha.

ELVIRA. ¡Señora!  
GIMENA. ¡Pronto! ¡Mi manto!  
¡Escuderos con antorchas!  
¿No escuchas lo que te mando? ..  
(*Elvira va á obedecer.*)

ELVIRA. No vayas, no: se perdiera  
el tiempo... ¡Pronto! ¡Salgamos!

GIMENA. ¿Pero á dónde y con tal noche?  
¡A do me llevan los hados!  
(*Sale rápidamente por el fondo, Elvira la sigue.*)

*Los pajes salen quitando lo que hay en escena*

MUTACION. *salida de los pajes*  
*Antorchas de cera = 2 comparsas =*

Bosque cerrado: breñas: una cruz bizantina y monumental sobre una gradería y alumbrada por una candela puesta en una caldereta de hierro pendiente por una cadena de un pescante unido á la cruz: (esta candela debe estar hecha con una estopa empapada en aceite, de modo que dé una luz mucho mayor que la de un farol comun): la cruz debe estar colocada en medio de la escena en su segundo término: la decoracion debe ser sombría y con un fuerte aspecto selvático.

*Muro*

ESCENA XVI.

Rodrigo sobre la gradería apoyado en el reborde de la parte inferior del pedestal de la cruz, y profundamente pensativo: poco despues, descendiendo por la pendiente de las breñas del fondo, el conde D. Gomez de Gormaz, á quien acompaña un escudero con antorcha.

GOMEZ. (*Al escudero.*)  
Deja en la cruz esa antorcha  
y vete.

(El escudero deja la antorcha sujeta entre la juntura de dos piedras de la graderia, al lado opuesto á aquel en que se apoya Rodrigo, y se aleja y desaparece por donde habia venido.)

RODRIGO. Gracias, pues llega  
con vos, conde, mi venganza.

GOMEZ. Pronto me veis á ofrecérosla.

RODRIGO. Aunque ya todo lo dije,  
algo que decir me queda.

GOMEZ. Yo tambien tengo que hablaros  
brevemente.

RODRIGO. Hablad.

GOMEZ. Primera

vuestra razon ha de ser.

RODRIGO. En buen hora: de mi afrenta  
al mundo he dado noticia,  
y es justo que el mundo sepa,  
por la boca de testigos,  
cómo mi sangre se venga.  
Deseo que nuestro duelo,  
conde, mis vasallos vean,  
que para el caso conmigo  
traje hasta aquí.

GOMEZ. En hora buena  
¿Habeis acabado?

RODRIGO. Sí.

Hablad vos.

GOMEZ. Cuanto os rodea,  
la cruz en que os apoyais,  
la tierra que la sustenta,  
esos árboles que oscuros  
sus copas al cielo elevan,  
y mas allá de este sitio,  
en redondo muchas leguas,  
todo, don Rodrigo, es mio.  
Suponiendo que me venza  
vuestro valor, es preciso  
que libertad y existencia  
os aseguren testigos  
que el duelo y la causa sepan.  
Conmigo escuderos traje  
no más que para que entiendan  
que vuestra vida aseguro  
mientras esteis en mis tierras.

RODRIGO. El seguro de mi vida  
le llevo, conde, en mi diestra,  
y en los valientes hidalgos  
que mi estandarte rodean.  
Mas, pues dáisme, asegurándome,  
señal de vuestra nobleza,  
los vuestros venir ya pueden.

GOMEZ. Y los vuestros al par vengan.  
Y como el tiempo se pasa...

RODRIGO. Teneis razon, conde: sea.

(Rodrigo baja la gradería de la cruz, y se dirige á la derecha: el conde á la izquierda: al llegar á los árboles entrambos tocan sus cornetas.)

*Por la derecha compañeros del conde Don  
Perez 11 del lib 7a*

## ESCENA XVI.

DON GOMEZ. — RODRIGO.

Por la derecha los escuderos de Rodrigo con el estandarte de Vivar, verde con cruz de plata: entran y se quedan agrupados al fondo derecha. Por la izquierda los escuderos del conde, entran tambien con el estandarte de Gormaz, rojo con cruz de oro y se quedan al fondo izquierda.

GOMEZ. Pues vos el primero hablásteis,  
don Rodrigo, vuestra lengua  
primero diga á esas gentes  
aquello que decir quiera.

RODRIGO. Si será: buenos hidalgos:  
el hombre que en mi presencia  
mirais, es el que á mi padre  
osó con villana ofensa:  
lo que con él voy á hacer  
mirad, y por donde quiera  
al contar de mis blasones  
la nunca escuchada afrenta,  
la venganza al mundo entero  
relatad, porque se entienda,  
que quien mis blasones mancha,  
se abre al mancharlos la huesa.

GOMEZ. ¿Habeis acabado?

RODRIGO. Sí.

GOMEZ. Escuderos: todos sepan  
que doy cual noble á este noble  
desagravio de una ofensa,  
en duelo ante Dios, cual cumple  
á quien blasones sustenta.  
Si la vida me arrancare,  
tal vez porque Dios lo quiera,  
que nadie á su vida atente  
mientras pisare mis tierras:  
mi palabra le asegura,  
mi voluntad os lo ordena:  
y el que á lo que mando faltel...  
¡maldito, amen, de Dios sea!

(Desnudando la espada y tomando su escudo de  
manos del jefe de sus escuderos, y embrazándolo.)

Concluyamos.

RODRIGO. ¡Concluyamos!

(Desnudando su espada y tomando de un escudero  
su escudo y embrazándole.—Combaten durante algun  
tiempo con gran esfuerzo.)

GOMEZ. ¡Ay de mí!

(Dá algunos pasos vacilante, y cae en las gradas de  
la cruz: su espada queda en el suelo á su lado.)

RODRIGO. ¡Mi honra se eleva  
de nuevo á los cielos pura!

GOMEZ. ¡Rodrigo!

(En el momento en que los escuderos de Gormaz se  
precipitan hácia la cruz, los unos para socorrer á su  
señor, y los otros para impedir que se apodere de la  
espada del conde: y mientras los escuderos de Vivar  
acuden tambien á la cruz, quedando ambos estandar-  
tes á los lados de ella.)

RODRIGO. ¡Todos se tengan,  
que con su muerte han finado  
mis ódios y mis ofensas!  
Pero la espada del conde  
es de mi triunfo presea,  
y mire cómo lo evita  
aquel que evitarlo quiera.

GOMEZ. Teneis razon, don Rodrigo;  
tomad mi espada, y que vea  
don Diego en su limpio acéro,  
limpia su faz de vergüenza.

RODRIGO. (Tomando la espada del suelo.)

Yo guardaré vuestra espada,  
señor, que invencible era,  
para morir desdichado  
en el combate con ella.

(*La da á uno de sus escuderos.*)

GOMEZ. Rodrigo, escuchad por Dios,  
que la sangre se me lleva  
la vida. ¡Escuchadme, hijo!

RODRIGO. ¡Ay! ¡Ojalá verdad fuera!

(*Arrodillándose junto á don Gomez, y cogiéndole las manos.*)

GOMEZ. ¿Llorais?

RODRIGO. Por Gimena lloro.

GOMEZ. ¡Amparad á mi Gimena,  
que habeis dejado, matándome,  
en el mundo sola y huérfana!

RODRIGO. ¡Infeliz, mientras yo viva,  
del que á Gimena se atreva!

GOMEZ. Pues que sois su solo amparo,  
Rodrigo, vivid por ella...  
Decidla... mi voz se ahoga...

mis tristes ojos se ciegan...

Dios os bendiga... ¡hijo mio! (*Muere.*)

RODRIGO. ¡De rodillas! ¡Las enseñas  
rendid!

(*Todos se arrodillan: los escuderos que tienen los estandartes los bajan.*)

¡Orad por su alma!

ESCENA XVIII.

RODRIGO. — DON GOMEZ. — ESCUDEROS. — GIMENA Y  
ELVIRA acompañadas de cuatro escuderos con antorchas por  
el fondo, y ántes de aparecer, dice:

GIMENA. ¡Padre! ¡Rodrigo!

RODRIGO. ¡Gimena!

¡Gran Dios!

(*Gimena bajando precipitadamente por el fondo, y entrando en la escena, y deteniéndose horrorizada al ver los escuderos postrados.*)

GIMENA. ¿Por quién de rodillas,  
por quién esas gentes rezan?

(Rodrigo se pone de pié horrorizado dejándose ver de Gimena, que ve al mismo tiempo á su padre tendido al pié de la cruz.)

¡Padre!...

(Arrojándose sobre el cadáver, y levantándose despues de algunos momentos, se dirige irritada á los escuderos de Gormaz.)

¡Cobardes esclavos!

que veis como viles hembras,  
muerto al señor que os mantuvo:

¡Alzad, infame ralea,  
y al traidor que me le mata  
haced que la tierra muerda!

**DIEGUEZ.** Señora, tiene seguro  
del conde: su honor nos veda  
castigar al homicida.

**GIMENA.** Pues le ampara la nobleza  
de mi padre, libre vaya;  
(*A Rodrigo.*)

pero al salir de mis tierras,  
te seguirá mi venganza,  
terrible, implacable, eterna.

**RODRIGO.** ¡Ay de mí, desventurado!  
**GIMENA.** ¡Si muerte me dá la pena,  
y acabadó mi linage  
quien te castigue no queda,  
quiera Dios, fiero homicida,  
que cases con mala hembra,  
y que si tuvieres hijas,  
villanos las escarnezan!

¡quiera Dios que al rey maldito  
que en su favor te mantenga,  
le dé muerte mal venablo,  
tirado por mano fiera!

¡que cruda lanza de moro  
tus torpes dias fenezca;  
y tu vil alma traidora  
lleve Luzbel, cuando mueras!

¡Huye! ¡Vete!... ¡Padre mio!  
(*Se arroja llorando sobre su padre.*)

**RODRIGO.** ¡Yo maldecido por ella!...  
¡Escuderos de Vivar!  
¡A morir en la frontera!

(Váse por la derecha: sus escuderos le siguen.)

## ACTO TERCERO.

---

Vestíbulo del palacio de los Condes de Castilla, en Búrgos: arquitectura bizantina muy primitiva: á la derecha del actor una gran puerta con hojas para fuera; á la derecha, y en primer término la silla real sobre cuatro gradas: en segundo término de izquierda á derecha, tres robustos arcos bizantinos, sobre cuyas cuatro pilastras, se ven cuatro estatuas de condes soberanos: al fondo muro ornamentado y en su centro puerta con hojas para fuera; el techo de madera con labor árabe bizantina de su color natural con fondo y filetes dorados, al alzarse el telon está cerrada la gran puerta del foro.

### ESCENA PRIMERA.

YAGO.—UN ESCUDERO.

YAGO.

En los puestos de costumbre  
colocad los ballesteros;  
cuando el Rey baje á la audiencia  
dejad paso franco al pueblo;  
cuidad de que no haya ruidos  
ni tumulto. Idos.

### ESCENA II.

YAGO solo.

No tengo  
ni de un solo quereloso  
el nombre en apuntamiento;

señal de que los merinos  
rigen en justicia el reino.

(Se oye fuera rumor de plebe.)

Mas en la plaza se agita  
la muchedumbre: á lo léjos  
un noble estandarte ondea  
de un bravo escuadrón en medio.

(Suenan una marcha guerrera.)

¡Y esa marcha!... ¡Sí, es el Cid!...  
¡Llegan!... ¡desmontan!... adentro  
un ginete se encamina.  
Ya está aquí.

### ESCENA III.

YAGO.—GARCÉS.

GARCÉS.

Gracias al cielo  
que he llegado.

YAGO.

¡Ah! buen Garcés  
¿de dó venís?

GARCÉS.

Del infierno;  
porque andar entre los moros  
con mi señor, es lo mesmo.

YAGO.

¿Don Rodrigo de Vivar  
viene á Búrgos?

GARCÉS.

Le precedo  
con su estandarte. Llamóle  
el Rey y no hubo remedio,  
acude: ¡Mas cómo acude!  
Vencedor de cinco reinos.

YAGO.

Es don Rodrigo muy bravo.

GARCÉS.

Es el Cid muy caballero:  
sin que el Rey le dé un soldado  
y sin que le pague un sueldo,  
lo que conquista á los moros  
entrega al Rey como bueno,  
y eso que viene irritado  
mi señor de su destierro

YAGO.

Don Rodrigo obrando así  
es digno de sus abuelos.

GARCES. Digno, sí: ¿pero qué dice  
el Rey don Sancho de aquesto?

YAGO. Ama el Rey á don Rodrigo,  
y le tiene en tal aprecio,  
que por él rompe sus leyes  
y desatiende los ruegos  
de doña Gimena Gomez,  
que llorando al padre muerto  
sin cesar pide justicia.

GARCES. Fuera su padre más cuerdo,  
más hidalgo y más mirado  
en ofender á los viejos,  
y don Rodrigo sería  
más feliz. Dejemos eso,  
que cada vez que del lance  
y de la injuria me acuerdo,  
y de los dos años largos  
del afanoso destierro,  
se me sube á la cabeza  
la sangre, y el juicio pierdo.  
En Vivar, solo, afrentado,  
murió loco el pobre viejo;  
don Rodrigo sus amores  
y su padre llora á un tiempo;  
lidia por Castilla, y gime  
por su Gimena en silencio,  
y para él no hay sol claro,  
ni un día amanece bueno:  
desesperado batalla;  
y ¡Dios me perdone! creo  
que va buscando la muerte:  
cuando lucha en lo mas recio  
del combate, Dios le guarda,  
y nunca el alarbe acero  
su vida en peligro pone.

YAGO. Ampara Dios á los buenos.

GARCES. Premie Dios del noble Cid  
la constancia y el esfuerzo.

YAGO. A propósito: explicadme  
por qué dan tal tratamiento  
los moros á don Rodrigo.

GARCES. En lengua mora es lo mismo  
Cid, que señor en la nuestra:  
es título de respeto

que los moros á sus reyes  
dan : y encontraron tan fiero  
á don Rodrigo en la lid  
y le han cobrado tal miedo,  
que Cid Rodrigo le llaman  
y huyen de él con solo verlo.

YAGO.

GARCES.

Gran prez ha ganado el Cid.  
Es de bravos su abolengo  
y no desmiente la casta.

YAGO.

GARCES.

Tiene el Rey ánsia por verlo.  
Decid á su señoría,  
el Rey, que vendrá muy presto,  
hoy mismo, el Cid mi señor ;  
y que en su nombre le ruego  
dé audiencia á un alcaide moro,  
que viene á rendirle pleito  
homenage, por los cinco reyes  
que vencidos fueron  
por el Cid en Belforado.

YAGO.

GARCES.

¿Cómo fué el lance?

¡Soberbio!

Ya sabeis conde don Yago,  
que entraron há poco tiempo  
por nuestras fronteras, moros,  
dejando atrás el incendio,  
el degüello, y el estrago,  
la deshonor y el saqueo.

Supo el Cid el duro caso,  
y apenas llegó á saberlo

nos dijo : — «Vamos hidalgos  
de esa canalla al entierro.

¡A cabalgar!» — Cabalgamos.

— «¡A escapar!» — Espuelas metemos...

y hénos aquí en Belforado  
y delante al agareno.

Trescientos éramos todos,  
y los paganos espesos

como las mieses, cubrían  
el campo en alarde horrendo.

No hay para qué relataros  
cosas que allí sucedieron ;

porque donde el Cid batalla  
cada lanza vale un reino :

basta solo con deciros

que fué un *santiamen* aquello,  
y que la sangre corria  
como cuando llueve recio.  
Los cautivos rescatamos,  
y el botin quedó por nuestro,  
y de cinco reyes moros  
que á la batalla asistieron,  
el noble Cid vió á sus plantas  
postrado el poder soberbio.  
¡Noble Cid!

YAGO.

GARCES.

¡Pues si le vierais  
en el combate! . . yo tiemblo  
cuando dice: — «¡Garcés, vamos  
con el estandarte adentro!...»  
Donde más recio el tumulto,  
donde más patente el riesgo,  
allá se va como un rayo,  
ardientes los ojos fieros,  
dientes y puños cerrados,  
y pálido como un muerto:  
espanto causa mirarle,  
torvo, embravecido, trémulo  
de corage, entre los moros  
su caballo revolviendo:  
es cosa de no acabar...  
yo tengo prisa y lo dejo.  
Como os dije, conde Yago,  
en nombre del Cid yo vengo  
á anunciar que pronto llega,  
y tan solo le precedo  
para entregar á don Sancho  
ese alcaide sarraceno.  
Con que prevenid al Rey  
mientras yo voy por el preso.  
Pero don Rodrigo...

YAGO.

GARCES.

Acaso

en aqueste punto mesmo  
ve ya los muros de Búrgos.  
Adios, don Yago.

YAGO.

Hasta luego.

## ESCENA IV.

YAGO.

Brava gente es la del Cid,  
 criada con grande ejemplo  
 de valor y de heroísmo:  
 nunca pasa de trescientos  
 su hueste, y brava destroza  
 del moro audaz los ejércitos;  
 con cinco reyes vencidos,  
 se nos viene el buen mancebo,  
 ¡y doña Gimena pide  
 su cabeza!... ¡Vive el cielo!  
 que le tome por marido,  
 y nos quedamos contentos  
 ellos, el Rey y Castilla...  
 Pero alguien llega: en sus velos  
 envueltas vienen dos damas:  
 (*Mirando por la derecha.*)  
 comitiva de escuderos  
 y dueñas las acompañan.

*Arquelles Corin*

*2 dueñas y 2 escuderos*

## ESCENA V.

YAGO.—GIMENA Y ELVIRA que entran.—Algunos ESCUDEROS y algunas DUEÑAS se quedan á la puerta derecha.

GIMENA.

Conde Yago, pues os veo  
 á la entrada de palacio  
 al llegar yo, daros quiero  
 para el señor Rey don Sancho  
 un mensaje.

YAGO.

Siendo vuestro,  
 hermosa doña Gimena,  
 ha de causarle contento.

GIMENA.

Esperar quiero en su cámara

á que baje el Rey, pues vengo  
á demandarle justicia.

YAGO.

¡Contra el Cid!

GIMENA.

Contra el soberbio  
que mató á mi padre y vive  
mi dolor esearneciendo.

Al entrar en el palacio  
he visto sus escuderos  
y su insolente estandarte  
desplegado audaz al viento ;  
mientras el noble estandarte  
de Gormaz, de mis abuelos,  
abandonado se empolva  
entre el luto y el silencio.

YAGO.

Con el de Vivar unidle.

GIMENA.

No os he pedido consejo.  
Si el Cid os paga por darlo,  
no recibais su dinero ;  
y si lo haceis de oficioso,  
no me insulteis, porque creo  
que puedo bien castigaros.

YAGO.

¡Perdonad!

GIMENA.

Id al momento  
y decid al Rey don Sancho  
que aquí impaciente le espero.  
(Yago sale por la puerta del fondo.)

## ESCENA VI.

LOS MISMOS MENOS YAGO.

GIMENA.

¡Ay! ¡Elvira! ¡Elvira mia!  
No sé lo que por mí pasa!  
En otro tiempo la casa  
del Rey miró mi alegría,  
me vió con padre y amor ;  
y hoy sin padre y sin amores  
gimiendo de mis dolores  
el inaudito rigor.  
No sé como puede ser  
sufrir tanto y no morir,

y con tan crudo sufrir  
aliento y fuerzas tener.

ELVIRA. Hoy, señora, me da espanto  
el veros : mejor quisiera  
que largo y triste corriera  
de vuestros ojos el llanto,  
que ver vuestra faz sombría  
y vuestro mirar insano.

GIMENA. ¡Ay! que mi dolor tirano  
ya es locura, Elvira mia.  
Mas áunque sepa morir,  
venganza á mi padre dando,  
aunque vivo agonizando...  
mi deber he de cumplir.  
A mis piés le he de mirar  
bañado en su sangre, yerto,  
como ví á mi padre muerto,  
cual le miro sin cesar  
junto aquella cruz tendido  
sin voz, sin aliento, helado,  
á mi amor arrebatado;  
á mi esperanza perdido.  
Le he de ver sin compasion  
de la ley sufriendo el yugo,  
humillar ante el verdugo  
su tirana condicion.

Y si contra mí tirano  
el Rey justicia me niega,  
si á tal mi desdicha llega,  
le mataré por mi mano.

ELVIRA. Y al herirle, el corazon  
os rompereis.

GIMENA.

No.

ELVIRA.

¡Le amais!

GIMENA.

No.

ELVIRA.

Sin consuelo llorais.

GIMENA.

¡De despecho!

ELVIRA.

¡De pasion!

GIMENA.

Pues bien : que el golpe de muerte  
á los dos al par nos hiera.

Montañer

ESCENA VII.

DICHAS.—YAGO por la puerta del fondo.

YAGO.

El señor Rey,

GIMENA.

(A Elvira.) Vete fuera.

(Elvira sale por la derecha.—Los escuderos y las dueñas se van con Elvira.—Yago despues de anunciar al Rey se retira.—El Rey apareciendo por la puerta del fondo adelanta lentamente hácia Gimena.)

González

ESCENA VIII.

GIMENA.—EL REY.

GIMENA.

(¡Valor enemiga suerte!)  
*Dirigiéndose al Rey y arrojándose á sus piés.*)

REY.

¡Noble señor de Castilla!  
¡Invencible Rey don Sanchot!  
*(Impidiendo que se arrodille.)*  
Alzad mi doña Gimena;  
porque al entrar en palacio  
reina vos de la hermosura  
es el Rey vuestro vasallo.

GIMENA.

Ved, señor, que lutos llevo,  
dejad lisonjas á un lado  
y como rey justiciero  
escuchad lo que os demando.

REY.

¡Siempre contra el Cid airada,  
contra mi buen castellano!

GIMENA.

¡Contra el matador que impune  
de mis dolores burlando  
honras gana, entre los moros  
blandamente desterrado!

REY.

Las honras que logra el Cid,  
las conquista por su mano.

GIMENA.

¡Pero es homicida!

- REY. Fué  
en venganza de un agravio.
- GIMENA. Si mi padre agravió al suyo,  
él, á mi padre matando,  
agravióme, y aún justicia  
contra el matador aguardo.
- REY. Tambien su padre murió.
- GIMENA. ¡Era ya viejo!
- REY. Y honrado,  
y le mató la vergüenza:  
loco el infeliz, llorando  
su afrenta, cayó en la tumba  
cual viejo roble tronchado.
- GIMENA. Pues nuestros padres murieron,  
muramos los dos, muramos,  
él pagando su delito,  
yo mi desdicha pagando.
- REY. Siempre que pedís su vida  
la pedís bañada en llanto.  
¡Le amais!
- GIMENA. De mi amor maldito,  
la voz infanda combato  
y triunfo; vos lo sabeis:  
sin cesar desde há dos años  
á los piés de vuestra silla  
por el muerto padre clamo. -
- REY. Siempre os he dicho lo mismo:  
el Cid cumplió como honrado  
dando muerte á vuestro padre  
que manchó su honor.
- GIMENA. ¿Y cuándo  
os demandó la licencia?  
¿dó fué el palenque cerrado?  
¿dónde las leyes del duelo?  
¿dónde los jueces del campo?  
Escuderos solamente  
aquel lance presenciaron.  
¿Quién sabe si traicion hubo?  
¿Quién sabe si torpe amaño?  
homicidio fué, no triunfo:  
las leyes me dan su amparo  
y el fuero del homicidio  
otra vez, señor, demando  
contra don Rodrigo, y vos

obrareis como reclamo,  
que no debe de ser rey  
bien temido y bien amado,  
quien ofende á la justicia  
y alienta los desacatos:  
y más, señor, no alterquemos;  
escuchadme y concluyamos;  
si vos no me haceis justicia  
yo me la haré por mi mano,  
daráme el despecto fuerza  
y Dios me dará su amparo.

REY.

Pues él mató á vuestro padre  
sin mi licencia, sin campo,  
sin jueces que el duelo vieran,  
yo le pondré en vuestras manos  
á solas, dó solo Dios  
sea testigo.

GIMENA.

¡Entregádmelo!  
¡Si! ¡entregadme el homicida  
y despues!...

REY.

Hoy á palacio  
llegará el Cid: seréis vos  
su juez: mas antes declaro  
que si vos no le matais  
yo, Gimena, no le mato.

GIMENA.

Mi dolor y mi deber  
fuerzas me darán.

REY.

En tanto  
á la cámara venid  
de mi hermana; aconsejaos  
de doña Elvira, que os ama;  
y pues estais á mi lado  
dejad que os vaya sirviendo.

GIMENA.

¡Ah! ¡señor!

REY.

¡Ola! Entretanto  
(A Yago *que aparece en el fondo.*)  
que yo vuelvo, y porque es tarde  
la audiencia abrid, conde Yago.

(*Váse por el fondo, llevando de la mano á Gimena*)

*Montañes*  
*po Ora*

ESCENA IX.

YAGO.

*po*  
YAGO. (*Yendo á la puerta de la derecha.*)  
*compaña noble*  
*9 Caballeros, Dora, / Ora*  
¡La audiencia del señor Rey!

ESCENA X.

*po Ora*  
YAGO, CABALLEROS Y NOBLES por la puerta de la derecha.—  
Después GARCES, luego HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.

YAGO. Muy bien venidos, hidalgos,  
su audiencia os da el señor Rey,  
y ya veis con que aparato:  
y todo en honra del Cid.

GARCES. Es el Cid tan buen vasallo  
que bien merece tal honra.  
(Un heraldo aparece por la izquierda del fondo.)

HERALDO. Señores, el Rey don Sancho.

ESCENA XI.

*heraldos*  
DICHOS. — EL REY. — DOS REYES DE ARMAS aparecen por la  
puerta del fondo y van á colocarse á los piés del trono.—El Rey  
detrás que sube al trono.—Cortesianos que se colocan á la dere-  
cha del trono: cubriendo el fondo, armados con lanzas y escudos,  
hombres de armas del Rey.

REY. Pues en trono de justicia  
estamos y nuestro pueblo  
nos escucha, abrid la audiencia,  
conde Yago.

YAGO. Un escudero,

alférez del Cid, demanda  
 en nombre del Cid su dueño  
 que á un alcaide de rey moro  
 que trae desde el campo, preso,  
 de Belforado, rendido  
 recibais á los piés vuestros.  
 Además, que don Rodrigo  
 dice llegará muy presto.

REY. En audiencia ante mi trono  
 llegue el noble mensajero  
 de nuestro vasallo el Cid.

YAGO. *(Volviéndose á la puerta de la derecha en la  
 cual está Garcés.)*

GARCÉS. Garcés, hidalgo, escudero  
 y alférez del Cid: entrad  
*(Adelántase y se arrodilla ante el Rey.)*

¡Noble señor! ¡Rey preclaro!...  
 permitid que á vuestras plantas  
 se postre humilde un vasallo  
 del vasallo más valiente  
 que á rey ha besado mano.

REY. Bien venido el mensajero  
 del Cid, de mi bien amado:  
 alzad y vuestra mensage  
 decidnos.

GARCÉS. En Belforado  
 hemos vencido.

REY. Lo sé  
 por un extenso relato  
 escrito por D. Rodrigo.

GARCÉS. Pues ya conocéis el caso,  
 solo me resta deciros  
 que en el pórtico esperando  
 se queda un alcaide infiel,  
 que viene á vos enviado  
 por los cinco reyes moros  
 de Zaragoza y Barbastro,  
 Huesca, Albarracín y Jaca,  
 de Castilla tributarios:  
 del Cid, don Rodrigo Díaz  
 ya se confiesan vasallos,  
 y siéndolo vuestro el Cid,  
 lo son ellos por lo tanto.

REY. ¡Decis bien! que entre ese moro.

GARCÉS. (*Yendo á la puerta de la derecha.*)  
El Rey te llama, pagano.

## ESCENA XII.

DICHOS. — Dos escuderos del Cid, con lanzas y escudos, adelantan y quedan dentro de la escena, á ambos lados de la puerta derecha.— Dos pajes moros, cada uno con una gran bandeja, una con cinco coronas de oro, en la otra cinco espadas.— Detrás de los pajes un alcaide moro, armado, con chilava y alquicel blanco; detrás, como en su guarda, cuatro escuderos del Cid: por último otro escudero, con el estandarte del Cid; aparece y se queda ante los dos escuderos que están á ambos lados de la puerta de la derecha.— Los pajes llegan con las bandejas hasta las gradas del trono: el alcaide se arrodilla un poco más atrás: los cuatro escuderos del Cid, con las lanzas sobre el hombro, un poco más allá del alcaide.— Garcés cerca y á la derecha del trono.

*Miralles pajes moros con dos bandejas con cinco coronas y cinco espadas*

GARCÉS. (*A los pajes.*)  
A los piés del monarca de Castilla  
dejad esas coronas deshonradas:  
dejad esos aceros que vencidos  
fueron, con honra en la campal batalla.  
¡Idos!

(*Los pajes moros se retiran.*)

ALCAIDE. Y tú, si tu vergüenza puede,  
alcaide moro, por tus reyes habla.  
Poderoso sultan, Emir preclaro,  
adalid vencedor, feliz monarca,  
de la cristiana gente protegida  
por el terrible Dios de las batallas,  
salud, mi labio á tu grandeza envía;  
á tus reinos salud; gloria á tus armas.

REY. Alza, alcaide, te escucha un Rey cristiano,  
no un terrible señor; tranquilo habla.

ALCAIDE. (*Levantándose.*)  
Lo quiso Dios, su voluntad suprema  
el humano poder nunca contrasta,  
mas ve que sangre esmalta esas coronas,  
que están tintas en sangre esas espadas.  
Que el triunfo disputamos como buenos

en lid tenaz, y formidable, y brava.

¿Mas qué lid hay posible, qué defensa  
donde el Cid Campeador fiero batalla?

¡Dichoso el reino do nació tal héroe!

¡Dichoso el rey que su homenaje alcanza!

REY ¡Tanto os asombra el Cid!

ALCAIDE. En negro dia salió contra nosotros á campaña;

menguante debió estar la opaca luna;  
nublado el sol entre sangrientas ráfagas.

Desde que el Cid entre nosotros vino  
siempre en las lides su estandarte gana,  
siempre la sangre nuestros campos riega,

siempre el incendio asolador devasta

la villa inerme y el castillo altivo;

y en la fuerte ciudad aportillada

cunde el terror al nombre solamente

de ese rayo de Dios, que Cid se llama;

mancebo imberbe cuando fué á buscarnos,

entre nosotros le creció la barba.

Él es nuestro señor: en Belforado.

fué su reciente y envidiable hazaña.

Allí venció del Rey de Zaragoza

Al-Mudafar la sin igual pujanza.

El Rey de Albarracín fue allí vencido,

y también el de Huesca y el de Jaca

y el de Barbastro, que hasta tí me envían

á poner sus coronas á tus plantas.

Así lo quiso el Cid: por su heroísmo

son de tí, sus coronas tributarias;

yo por ellos, señor, pleito homenaje

humilde rindo á tu grandeza y parias,

de nuestra tierra cobrarás tributo,

irán tras tu estandarte nuestras lanzas,

y poblarán tu harem nuestras doncellas

que en tus ojos, señor, hallaren gracia.

REY. Los tiempos del infame Mauregato

pasaron para dicha de la España,

queden, alcaide, allá vuestras doncellas

del torpe harem cautivas solitarias,

que basta una mujer al castellano,

como le basta un Dios y un sol le basta.

Vete: á tus reyes dí, que el Rey don Sancho

acepta su homenaje y su alianza,

y su amigo será, mientras leales

merezcan su amistad.

(Un rumor fuera como de mucho pueblo reunido.— Inmediatamente marcha de trompas y atabales.)

¡Mas qué algazara!...

¡Esas trompas!...

ALCAIDE.

El Cid! ¡Sí, las conozco!

Esas sus trompas son: cuando levantan

su terrible clamor en la pelea,

el guerrero añafil cobarde calla,

y en nuestras filas el terror difunde

la voz de ese metal que el viento rasga.

¡Sí; sus trompas: él es! el Cid Rui-Díaz.

VOCES DENT.

¡Viva el Cid!

OTRAS.

¡Viva el Cid!

OTRA.

¡Afuera! ¡plaza!

(En este momento dejan de sonar las trompas que desde que se oyeron han ido aproximándose hasta oírse á la puerta misma del palacio.— Un oficial anuncia en alta voz, desde la puerta.)

OFICIAL.

El Cid don Rodrigo Díaz de Vivar!

### ESCENA XIII.

DICHOS.—DON RODRIGO por la puerta derecha.

ALCAIDE.

(Yendo hácia Rodrigo, luego que aparece en la puerta de la derecha, y doblando la rodilla.)

¡Señor!

RODRIGO.

Levanta.

No hay mas señores que dos

para el que en su fe no yerra,

Dios en el cielo: en la tierra

el Rey, imágen de Dios.

Vete; y pues lidiar supiste

en el campo como bravo,

no te quiero por esclavo,

aunque mi cautivo fuiste.

Vete; pero sabe á fe,

que si me buskais batalla,

no he de dejaros muralla

ni torre puesta de pié.

(El alcaide, el estandarte y los escuderos del Cid, salen por la puerta derechá.)

## ESCENA XIV.

DICHOS, menos el alcaide y escuderos del Cid.

RODRIGO. *(Dirigiéndose al trono de donde baja el Rey para salir al encuentro de Rodrigo.)*

¡Señor excelso!

REY. Hoy los lazos  
de mi amistad anudais:

¡alzad! ¡alzad! ¿no mirais  
que os tengo abiertos los brazos?

RODRIGO. Tanto me queréis honrar  
con tal exceso, á mi ver,  
que me obligais á temer  
que alguien me llegue á envidiar.

REY. El que cual vos fuerte lidia,  
es querido, nõ envidiado,  
y además, sois tan soldado,  
que dais pavor á la envidia.

RODRIGO. Dar envidia nõ quisiera  
porque... ó mucho me engañé,  
ó la envidia siempre fué,  
de calumnias compañera.

REY. ¿Y quién osara?

RODRIGO. ¡Es verdad!

REY. Triste venis.

RODRIGO. ¡Sí, á fé mial  
tal es mi desdicha impia,  
tan grande mi soledad,  
que todo me causa enojos;  
mientras de aquí estuve ausente  
murió mi padre doliente  
y no le cerré los ojos.

Me llamásteis, y al pasar  
corriendo por el camino,  
miré en el cónfin vecino  
alzarse triste á Vivar.

Y aunque diz que tengo fuerte  
el corazon y harto duro,  
al ver mi casa, os lo juro...

REY. he sentido ansias de muerte.  
¡Ahl caballeros... salid,  
salid todos : ya acabó  
mi audiencia.

(Los reyes de armas, Yago, los guardias y cortesanos, salen por la puerta del fondo.—Los caballeros y el pueblo por la derecha.—Rodrigo se inclina para retirarse y el Rey le detiene.)

¡Pero vos no!  
¡Quedaos, mi noble Cid!

## ESCENA XV.

REY. — RODRIGO.

REY. Con vos ansiaba quedar  
á solas.

RODRIGO. Yo con el Rey.

REY. Hablemos á buena ley.

RODRIGO. Harto claro os he de hablar.

O mucho me engaño, ó vos  
estais contra mí irritado.

Me mandásteis desterrado  
un año y me estuve dos.

Os punzó lo de Vivar  
cuando de vos me partí

soberbio, y á retar fui  
á quien me llegó á injuriar;

y vos por ello enojado,  
me escribisteis en un pliego:

«salid de mis reinos, luego,  
por un año desterrado.»

Obedeceros ley fué

y como ley la cumplí:

por un año obedeci,

por otro me desterré;

pero miento á mi pesar,

siempre estuve en vuestra tierra,

porque os gané en buena guerra  
la que he llegado á pisar.

Por necesidad batallo

y una vez puesto en la silla,  
se va ensanchando Castilla  
delante de mi caballo.

Y es que, aunque os llegué á enojar,  
aunque me apartéis de vos,  
no quiere en sus juicios Dios  
que me podáis deterrar.

REY.

¡Soberbio habláis!

RODRIGO.

Pero á ley,  
como hidalgo y como honrado,  
que no siempre el enojado  
ha de ser, señor, el Rey.

REY.

Desenojaros espero;  
podeis hablarme, seguro  
que aún contra mí, yo os lo juro,  
me habeis de hallar justiciero.

RODRIGO.

Que así os mostreis es razon,  
que el rey, señor, tambien yerra:  
á un hombre se le destierra  
por rebelde, por felon;  
pero al hombre que injuriado  
venga su honor como puede,  
á un tal hombre se concede  
más aprecio por honrado.

Me desterrásteis de aquí  
airado. y ¿qué sucedió?

Que la calumnia cebó  
su diente voraz en mí,  
y con mi ausencia, segura  
de pena la alevosía,  
lanzó contra la honra mia  
la traicion y la impostura.

• ¡Que si á don Gomez maté  
malamente! ¡que si huí!  
¡que si al moro combatí,  
hipócrita de la fé!

¡que por torpe vanidad,  
ganadas daba á Castilla  
cada semana una villa  
cada mes una ciudad!

¡que procuraba malvado  
ganar, renombre de fiero  
y venir mal caballero,  
contra mi Rey revelado!

REY. ¡Vive Dios! ¿quién tal dijera  
que el Rey no le castigara?

RODRIGO. Guarda la traicion la cara,  
por cobarde y por artera.  
Hiere la calumnia vil,  
sin saberse de dó viene,  
cual aire impuro que tiene  
en sí veneno sutil.  
Y á todo ha dado ocasion,  
señor, vuestro enojo ciego:  
decid, decid, yo os lo ruego,  
del destierro la razon:  
que fué..... porque os plugo así,  
no por delito villano:  
que maté al conde Lozano.....  
¡porque matarle debí!  
que por la soberbia mia  
me desterrásteis severo,  
que pequé por altanero  
mas no por alevosía.  
Y decidlo hasta dejar  
mi fama como el sol pura:  
sino..... con mi desventura  
yo me vuelvo á desterrar.

REY. Me pedís razon cumplida,  
y cumplida os la daré:  
clemente el destierro fué,  
porque fuisteis homicida.

RODRIGO. ¡Yo homicida!

REY. ¡Sí, por Dios!

RODRIGO. ¡Maté á don Gomez en duelo!

REY. ¡Sin jueces!

RODRIGO. ¡El Dios del cielo  
fué allí juez entre los dos!

REY. Pero hay leyes en la tierra  
á las que ofendido habeis:  
sin saberlo, me teneis  
metido en tan dura guerra,  
que por vos en vano lidio:  
Gimena con teson fiero,  
contra vos me pide el fuero  
que llaman del homicidio:  
y manda esa ley.

RODRIGO. Lo sé.

REY. «El que á padre de doncella  
 matare, ó hermano de ella  
 bajo cuyo amparo esté;  
 pues huérfana la dejó,  
 case con ella y la ampare,  
 y si ella no lo otorgare  
 que muera como mató.»

RODRIGO. ¡Tal ley no me alcanza á mí!

REY. Con Gimena pleitead.  
 Rodrigo, con Dios quedad.  
 pero no salgais de aquí.  
*(Sale el Rey por la puerta del fondo.)*

## ESCENA XVI.

RODRIGO.

No hay desventura en el mundo  
 que con la mia se iguale:  
 ¿Para qué me llama el rey?  
 No fue a mejor dejarme  
 allá del moro en la tierra  
 de donde jamás tornase,  
 en donde jamás supiese  
 que pide airada mi sangre  
 la vengativa Gimena  
 por la muerte de su padre?  
 ¡El fuero del homicidio  
 contra mí pide! ¡pues sacie  
 con mi vida el furor suyo  
 y que mi martirio acabe!  
 Se aleja el rey, y me ordena  
 que en esta cámara aguarde:  
 ¿Y qué he de aguardar? ¿qué espero?  
 Dios y don Sancho lo saben:  
 ¡buen descanso me da el Rey  
 de mi afanoso viaje,  
 que para cumplir más pronto  
 sus órdenes, ni un instante  
 dejó de batir mi espuela  
 de mi corcel los ijares!  
 ¡Buen premio alcanzan por cierto

mi amor y mis lealtades!  
 ¡Coronas que yo vencí!  
 ¡Espadas que en el combate  
 yo emboté! ¡Vencidos reyes  
 que á mis plantas os postrásteis!  
 ¡Burlas de la suerte impias,  
 que así miro levantarse  
 sobre la hiel de mis penas  
 para escarnecer mis males!...  
 Malditos los lauros sean  
 que yo regué con mi sangre,  
 y que en mi frente abrasada  
 se marchitan al posarse!  
 ¡Gloria! ¿sin la paz del alma,  
 y sin el amor, qué vales?  
 Tarda el rey, y la ansiedad  
 la fatiga me combaten...  
 No sé lo que siento, aspiro  
 rojo vapor sofocante:  
 mis tristes ojos se nublan:  
 ¡siempre esas sombras tenaces  
 que espantosas me persiguen!  
 ¡su padre y en pós mi padre  
 y con ellos mi Gimena! ..  
 ¡Dejadme, espectros, dejadme!  
 ¡Yo he cumplido como bueno  
 vengando el aleve ultrage!  
 ¡No he sido yo, fué el destino  
 que en mi dolor se complace!  
 Siento vacilar mi planta  
 cansada; mi frente arde  
 y mis miembros entorpecen  
 mi fatiga y mis pesares...  
 ¡Ni un sítil! altivo trono:  
 deja que á tus piés descansen  
 quien, porque Dios lo ha querido,  
 da á tus dominios ensanche.

*(Se reclina en las gradas del trono entre las bandejas en que están las coronas y las espadas.)*

¡Oh, Gimena! ¡oh amor mio!

¡Ay! ¡mi noble y triste padre!

*(Queda algun tiempo en silencio apoyada la cabeza sobre su brazo izquierdo, y luego se duerme.)*

## ESCENA XVII.

Un momento despues de haberse dormido Rodrigo, aparecen el  
**REY Y DOÑA GIMENA** por la puerta del fondo.

**REY.** Justicia me habeis pedido;  
 y atendiendo á vuestro ruego  
 Gimena, el Cid os entrego,  
 y ved: os le doy dormido.  
 Si el fuero del homicidio  
 no usareis .. por buena suerte,  
 no he de mandar yo la muerte  
 del héroe que tanto envidio;  
 pues que huérfana os dejó  
 y en vuestro furor ansioso  
 no lo quereis por esposo,  
 que muera como mató.  
 Tener debiera en su abono  
 el amor que en vos desea,  
 la gloria que le rodea  
 y la sombra de mi trono.  
 Un plazo debo fijar  
 á vuestra venganza impía,  
 cuando por mitad del dia  
 parta el cuadrante solar,  
 á buscaros vendré aqui  
 y si al Cid encuentro vivo,  
 no ya al furor vengativo,  
 sentenciar me toca á mí.  
 Y sabed que mi sentencia  
 ha de cumplirse en verdad:  
 agora con él quedad  
 con Dios y vuestra conciencia.  
 (Sale el Rey por la puerta del fondo que se cierra.)

## ESCENA XVIII.

**GIMENA.**—**RODRIGO** dormido.

**GIMENA.** Este suspirado dia  
 que tanto anhelé y temi

al fin luce para mí,  
 para la venganza mia.  
 La ley me ampara, si á fé:  
 «El que á padre de doncella  
 matare, ó á hermano de ella  
 bajo cuyo amparo esté;  
 pues huérfana la dejó  
 case con ella y la ampáre,  
 y si ella no lo otorgare  
 que muera como mató.»  
 Según la ley puedo ser  
 yo su esposa... Fuera horrible!  
 ¿qué ley es esa terrible  
 que deja á impura mujer  
 unirse con alma y vida  
 al hombre que fué inhumano,  
 de su padre ó de su hermano  
 feroz ó aleve homicida?  
 Horrible por varios modos,  
 yo no te quiero entender,  
 porque me puedes perder,  
 bárbara ley de los godos;  
 porque aquí, en mi corazón,  
 de mi venganza á pesar,  
 siento el fuego palpitar  
 de mi insensata pasión.  
 Porque... ¡dormido está allí,  
 puedo segura matarle,  
 y no me atrevo á mirarle...  
 que tengo miedo, ay de mí!  
 ¡Miedo del amor maldito  
 que vencer pretendo en vano  
 y cada vez más tirano  
 me deja escuchar su grito...  
 ¡Miedo de que pueda en mí  
 más la pasión que el deber,  
 de que llegue á enloquecer  
 por lograr lo que perdí!  
 ¡Suenos del alma queridos  
 por desdicha malogrados!  
 ¡amores desventurados  
 en mal hora concebidos!  
 ¡Falaz y torpe esperanza  
 que en mí vives todavía...!

dejad á la desdicha mía  
á solas en mi venganza!

¿Y habré de matarle yo?  
el fuero lo manda así...

Dice... harto claro, sí, sí,  
«¡que muera como mató!»

Quiérole el Rey perdonar,  
me le entrega confiando

en que con mi amor luchando  
no le podré yo matar...

Un momento de valor  
y despues... ¡qué importa!... ¡ea!

¡por mi mano muerto sea  
de mi padre el matador!

¡Afuera, villano miedo!

¡Afuera, piedad impía!

*(Desnuda el puñal, se acerca vacilante á Rodrigo, le examina un momento y levanta el puñal para herirle.)*

RODRIGO. *(Soñando.)*

¡Gimena, Gimena mía!

GIMENA. *(Retrocediendo y dejando caer el puñal.)*

¡No puedo, padre, no puedo!

RODRIGO. *(Despertando.)*

¡Ah! de mi sueño á través,  
escuché su voz amada:

*(Incorporándose.)*

¡una mujer enluta la

*(Viéndola.)*

y un puñal ante mis pies!

*(Recoge el puñal y se dirige á Gimena y la reconoce.)*

¡Gimena! ¡aun debo soñar!

GIMENA. ¡Aparta, aparta, homicida!

*(Rechazándole.)*

RODRIGO. Has venido por mi vida

y la debiste tomar.

Gozaba en bella ilusion

de paz y amore contigo

tu desdichado Rodrigo

mi sueño de bendicion:

¿por qué no me hiriste, di?

¡fuera mi acalar dichoso

que muriera, dueño hermoso,

amante pensando en tí!  
 Agora fuera inhumano  
 herirme, terrible fuera,  
 ¡léjos de mí el arma fiera  
 que arrojó tu amante mano!

**GIMENA.** ¡Amante... no! ¡horrorizada!  
 ¡no nací para matar!

**RODRIGO.** Has nacido para amar,  
 para mi amor destinada.

**GIMENA.** ¡No!

**RODRIGO.** Te vende el corazon:  
 tu acento.... no, no es aquel  
 que en un instante cruel  
 me lanzó su maldicion:

**GIMENA.** El tiempo arrastra consigo  
 de los dolores lo agudo,  
 mas ni vacilo ni dudo:  
 ¡como entonces te maldigo!

**RODRIGO.** No, Gimena, no mi amor:  
 hoy al maldecirme lloras,  
 y en aquellas tristes horas  
 tu acento me daba horror.  
 Hoy como yo, tu enloqueces;  
 cual yo batallo batallas,  
 quieres acusarme y callas  
 y dudas, y te estremeces:  
 y es forzoso, porque Dios  
 al lanzarnos á la vida,  
 nos dió, Gimena querida,  
 un alma para los dos.

Y en vano fué que el destino,  
 partirla crudo intentara:  
 en vano fué que arrojara  
 horror en nuestro camino;  
 y en vano fué la inclemente  
 horrible desdicha impía:  
 tu alma siente el alma mia  
 cual la tuya mi alma siente.  
 Oye: yo nunca dudé  
 de tu amor: dentro de mí,  
 siempre que á buscarle fui  
 puro y ardiente le hallé:  
 pero imposible al mirar  
 de nuestro amor el contento,

la muerte busqué sediento.....

(*Con amargura.*)

¡y no la pude encontrar!

Por morir, no por rendillo,

un muro embestí frontero,

subí á su almena el primero.....

(*Con amargo desden.*)

¡y se me allanó el castillo!

Dos largos años despues,

fiero, terrible, he lidiado,

y en vano, en vano me he entrado

de las lanzas al través.

¡Se quebraban en mi escudo

como cañas! yo..... insistia:

escuadrones revolvía

contra mi suerte sañudo,

¡y mi caballo arrollando

cuanto delante encontraba

tras de su huella dejaba

cadáveres palpitando!

Si acaso profunda herida

contento al alma me dió,

la llaga presto sanó

que Dios no quiere mi vida.

Mas de la llaga cruel

que abierta en el alma llevo,

á cada momento pruebo

más ponzoñosa la hiel.

Si aquesto llamas vivir

y mi muerte tu alma ansía.....

¡más la anhela el alma mia,

que mi esperanza, es morir!

GIMENA.

El destino te obligó,

y muerte á mi padre diste:

vengando lo que tu hiciste

mi deber cumpliera yo.

Mas la lucha á que me lanza

de Dios el fallo tremendo,

mi corazón dividiendo

en tu amor y mi venganza,

me fuerza á mirar en tí

dos tan enemigos séres

que á un tiempo Rodrigo, eres

vida y muerte para mí.

¡Cuando aquella cruz recuerdo,  
 y á su pié mi padre helado,  
 y tú... en su sangre bañado  
 ante mí, la razón pierdo;  
 y ardiente y ciego furor  
 en mi pecho se desata  
 y porque Dios no te mata  
 acusa á Dios mi dolor!

Otras veces, ya contando  
 mi venganza terminada  
 te miro de horror helada  
 á mis plantas espirando;  
 y en revuelta confusion  
 amor y deber en lucha;  
 lo que mi deber escucha  
 desoye mi corazón.

Dice mi deber... «¡que muera!»  
 y con ruda fuerza activa,  
 mi corazón dice: «¡viva!»  
 y el alma responde... «¡espera!»

¡Esperar! ¡delirio vano!  
 ¡que todo, todo acabó  
 cuando airada se tiñó,  
 en sangre mia, tu mano!  
 Y sin embargo, te veo  
 por donde quiera que miro:  
 si suspiro, mi suspiro  
 que es tuyo, insensata creo.  
 De mi cámara en la sombra  
 pienso encontrar tu mirada:  
 oigo tu voz apenada,  
 que leve y triste me nombra:  
 del huracan el bramido  
 que se rompe entre la almena,  
 de tu amor y de tu pena  
 me finge el hondo gemido;  
 y si busco á mis dolores  
 en el bosque fresco aliento,  
 una ráfaga del viento  
 que se pierde entre las flores,  
 me finge leve y tenaz  
 el suspiro de tu amor  
 dulce, incitante, traidor...  
 ¡que nunca me deja en paz!

Algunas veces potente  
 mi corazon se levanta,  
 y al porvenir que me espanta  
 nuestro severa la frente;  
 pero luego se derrumba  
 mi valor, y triste veo  
 que la paz de mi deseo  
 solo se encuentra en la tumba!

RODRIGO. Gracias, Gimena, tu boca  
 me ha dado tanto consuelo  
 que estar soñando receio.

GIMENA. Sueño es, sí, que yo estoy loca:  
 ¿No adviertes, que hija malvada  
 al muerto padre injuriando,  
 el alma te estoy mostrando,  
 encendida, enamorada?

RODRIGO. ¡Gimena mia!  
 (Yendo á asirla de la mano.)

GIMENA. ¡Gran Dios!  
 (Retrocediendo con horror.)

RODRIGO. ¡Qué te aterra, qué te asombra!

GIMENA. ¡He visto su roja sombra  
 pasar por entre los dos!

RODRIGO. ¿Y de esa sombra á la par,  
 (Con abatimiento.)

no has visto otra sombra triste  
 que lutos de injuria viste,  
 entre nosotros pasar?

¿No has visto un débil anciano,  
 la noble frente abatida,  
 y la faz enrojecida  
 por la señal de nña mano?

GIMENA. ¡Tu padre!

RODRIGO. ¡Mi padre, sí!  
 ¡triste, entado, anhelante,  
 lívido el noble semblante,  
 le veo detrás de tí!

(Volviendo á errada la cabeza como temerosa  
 de encontrar tras sí la sombra de Diego Lainez.)

GIMENA. ¡Ah, no, que por tí vengado  
 descansa en paz!

RODRIGO. No se cura  
 la herida terrible y dura  
 que el honor ha desgarrado.

Por más que la sangre corra  
 en reparacion violenta,  
 el recuerdo de la afrenta  
 ni se pierde ni se borra.

Y aunque incesante raudal  
 caiga hirviente, enrojecido.....  
 ¡sobre el rostro envilecido,  
 siempre queda la señal!

GIMENA.

¡Oh, señor!

RODRIGO.

¡Y yo creí  
 que con sangre se vengaba  
 el honor!... ¡no, no se lava!  
 aun siento la injuria aquí;  
 (*Golpeándose sobre el corazon.*)

y por eso, en mi corage,  
 voy arrollando campañas  
 para borrar con hazañas  
 la afrenta de mi linage!

¡Tú, tu amor, el duelo impio,  
 mi padre, su afan, su muerte,  
 se revuelven de tal suerte  
 en el pensamiento mio;  
 y tal llego á delirar,  
 y es tanto mi padecer,  
 que..... te quiero aborrecer  
 y no te puedo olvidar!

GIMENA.

¡Oh, padre!

RODRIGO.

Si feneció,  
 del mio la tumba toco...  
 ¡Pobre viejo! ¡murió loco,  
 y loco agonizo yo!

## ESCENA XIX.

DICHOS.—Se abre la puerta del fondo y aparece en ella EL REY  
 que adelanta lentamente sin ser notado por Rodrigo ni Gimena,  
 detrás EL CONDE YAGO. Los reyes de armas, los cortesanos, y  
 por último los guardias y ELVIRA.

GIMENA.

Acabemos, por piedad:  
 olvida de nuestra historia  
 entre esplendores de gloria

RODRIGO.

la horrible fatalidad.  
 ¿Y cómo, dí, de mi pena  
 calmar el afán punzante,  
 si de mi gloria delante  
 miro siempre á mi Gimena?  
 De mis ricos sueños bellos  
 no oscurezcas el fulgor.  
 No he sido yo el matador.  
 ¡Fueron ellos!... ¡Fueron ellos!  
 ¡se exterminaron al par:  
 enlacemos nuestras manos  
 y esos espectros tiranos  
 no nos podrán separar!  
 Sé mi esposa.

GIMENA.

¡No!

RODRIGO.

El dolor

te vende, luchas, vacilas,  
 en tus hermosas pupilas  
 arde voraz el amor.

GIMENA.

¡Oh, padre! ¡en qué dura lid  
 has envuelto el alma mía!

REY.

¡Ya es, Gimena, el medio día  
 y aun vive mi noble Cid!

GIMENA.

¡Señor!

RODRIGO.

¡Señor!

Mi sentencia

ya es hora de pronunciar.  
 Conde Yago... haced entrar  
 mis gentes á nueva audiencia.

YAGO.

¡La audiencia del señor Rey!

GIMENA.

¡Qué es lo que intentais, señor!

¿qué audiencia es esta?

REY.

En rigor

cumplo justo con la ley:  
 vuestro pleito ha de acabar  
 hoy, ó poco he de poder:  
 si justicia se ha de hacer,  
 necesario es sentenciar.

(El Rey sube al trono y se sienta en la silla: en el momento que Yago abre la puerta de la derecha, los reyes de armas se colocan delante del trono, los cortesanos ocupan el ángulo de la derecha, los guardias quedan formados en el fondo, por la derecha entran hombres y mujeres del pueblo: Gimena, Yago y Rodrigo, se colocan delante de los cortesanos á la derecha del trono.)

Ricos hombres y prelados,  
 hijodalgos, mesnaderos,  
 menestrales y pecheros  
 en mi audiencia congregados.  
 Con atencion escuchad  
 porque bien podais oir  
 lo que el Rey os va á decir  
 en palabras de verdad.  
 Sin mi licencia retó,  
 por vengar al padre anciano,  
 el Cid al conde Lozano,  
 y en sus tierras le mató.  
 En mi desacato fué  
 pues fué sin licencia mia,  
 y al Cid por su demasia  
 de mis reinos desterre;  
 mas tanto llegó á ganar  
 para Castilla, en la tierra  
 del infiel y en buena guerra  
 que yo le quiero premiar.

TODOS.

REY.

¡Viva el Rey!  
 Por su abandono  
 y su horfandad, de afan llena  
 le acusa Doña Gimena  
 de Gormaz: yo... le perdono.

TODOS.

GIMENA.

¡Viva el Rey!  
 Ved que la ley  
 desgarrá así vuestra mano.

REY.

Perdonó el conde Lozano  
 y perdonar debe el Rey.

GIMENA.

No dió á mi padre ocasion  
 de perdonar su destino.

REY.

(*Mostrando un pergamino enrollado.*)

Tomad este pergamino

Rodrigo: es vuestro perdon.

(*Rodrigo se acerca, dobla la rodilla, toma el pergamino y se retira.*)

Vos tomad.

(*A Gimena que se inclina como Rodrigo.*)

Ved la ventura

que, al morir, asegurada

dejó á su Gimena amada,

de un buen padre la ternura.

Vos leed. (*A Rodrigo.*)

RODRIGO. (*Lee.*) «Señor excelso  
 »de Castilla y del vasallo,  
 »que si de vos fué quejoso,  
 »de su queja se ha olvidado.  
 »Mi pobre Gimena queda,  
 »si yo muero, sin amparo:  
 »por la sangre que he vertido  
 »por vuestro padre, otorgádselo:  
 »no persigais por mi muerte:  
 »al mancebo que esforzado,  
 »sagradas obligaciones  
 »ha cumplido me retando.  
 »Y adios, señor, que me esperan,  
 »adios.—El conde Lozano.»

GIMENA. ¡Padre!

REY. De los tristes ojos  
 reprimid el justo llanto  
 y haced por leer, Gimena,  
 estas letras que os he dado.

GIMENA. (*Leyendo.*) «Gimena, cuando leyeres  
 »estas letras de mi mano,  
 »ya de mis erudos dolores  
 »tendré en la tumba descanso.»  
 ¡Ay de mí!

REY. Seguid, Gimena,  
 que está vuestro padre hablando.

GIMENA. (*Lee.*) «Yo del eterno reposo  
 »de la tumba me levanto  
 »en favor de don Rodrigo  
 »de Vivar, el esforzado,  
 »él no fué quien me dió muerte,  
 »fué mi proceder tirano:  
 »si él, esposo te pretende,  
 »sé su mujer, te lo mando.»  
 ¡Ay! (*Cayendo de rodillas.*)

RODRIGO. ¡Gimena! (*Acercándose á ella.*)

REY. Lo mandó (*Baja del trono.*)  
 vuestro padre y os lo ruega  
 vuestro Rey: amáisle ciega.  
 Sed su esposa.

GIMENA. ¡Nunca! ¡No!  
 (*Lerantándose con energía.*)

RODRIGO. En vano, señor, en vano  
 me quereis favorecer.

Gimena, siempre ha de ver  
su sangre en mi triste mano.

(Suenan por la derecha y á lo léjos trompas y ataba-  
les tocando llamada y siguen hasta el final.)

REY.

¡Oh! ¿qué es eso?

RODRIGO.

Son mis gentes  
que escuchar su voz me dejan:  
mis soldados que se quejan  
por mi tardanza impacientes.

Del triste amor que me inflama  
parto apurando la pena:

¡adios, adios mi Gimena  
que el ronco atabal me llama!

REY.

No por Dios.

(Deteniendo al Cid y dirigiéndose á Gimena.)

Vuestra crueldad  
todo tenaz lo atropella...

(Dirigiéndose á todos los que están en la audiencia.)

¿No es verdad que es digno de ella,  
burgaleses?

TODOS.

¡Sí!

REY.

Escuchad:

vuestro padre, el reino mio,  
yo, por esposo os le damos.

GIMENA.

¡Lo quereis!

(Saliendo de su abatimiento y con amarga  
energía.)

¡Pues bien! ¡unamos  
nuestra vida en lazo impío!

¡Toma mi mano y mi amor.

Rodrigo, y el cielo quiera  
que esta union horrible, fiera,  
no dé frutos de dolor!

¡Que Dios con los ojos fijos  
en nuestro amor desdichado,  
no imprima nuestro pecado  
en la faz de nuestros hijos!

¡Quiera Dios que siempre en tí  
halle amor la pasión mia:

que no te apartes un día,  
horrorizado, de mí!

(Gimena se reclina en los brazos de Elvira.)

RODRIGO.

¡No, Gimena! ¡mi fe ardiente  
premio logra, no castigo!

¡hoy luce para Rodrigo  
 su primer sol refulgente!  
 Parto á la lid, á ganarte  
 y á ganar paz y favor  
 del cielo: ¡dadme, señor,  
 vuestro valiente estandarte!  
 ¡dejad que vengan tras mí,  
 los que gloria y prez quisieren!  
 ¡Iré yo, con los que fueren!  
 ¡iremos todos!

REY.

TODOS.

RODRIGO.

¡Sí, sí!  
 Pues sús, ¡presto á la campaña!  
 (*Desnudando la espada y con entusiasmo.*)  
 ¡á combatir! ¡á triunfar!  
 ¡aún queda que libertar  
 del alarbe media España!  
 ¡Castellanos: tenaz guerra,  
 por Dios, y nuestro decoro,  
 hasta que no aliente un moro  
 sobre la faz de la tierra;  
 y antes de quedar sujetos,  
 muriendo, al comun destino,  
 dejemos franco el camino  
 del Africa, á nuestros nietos!

---





